# Cómo escuchar

SABIDURÍA CLÁSICA
EN TIEMPOS DE
DISPERSIÓN

C L Á S I C O S

## Plutarco

Edición de Daniel Tubau

ROSAMERÓN

# Cómo escuchar

SABIDURÍA CLÁSICA
EN TIEMPOS DE
DISPERSIÓN

CLÁSICOS

## Plutarco

Edición de Daniel Tubau

ROSAMERÓN

«Para saber hablar
es preciso
saber escuchar.»

EDITORIAL
ROSAMERÓN

# Cómo escuchar

SABIDURÍA CLÁSICA EN TIEMPOS
DE DISPERSIÓN

PLUTARCO

Edición de Daniel Tubau

Derechos exclusivos de la presente edición en español

© 2024, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S.L.

*Cómo escuchar*

Primera edición: marzo de 2024

© 2024, Daniel Tubau, por la edición y comentarios

© 2024, Paloma Ortiz García, por la traducción de Cómo escuchar

Imagen de cubierta: composición a partir de la fotografía de Town45 Can you hear me?, con escultura en terracota de Teddy Cobeña; y fragmento de una cabeza de mujer (Grecia, Italia, c. 440-430 a. C.), fotografiado por Dave & Margie Hill / Kleerup. En solapa, retrato de Plutarco del siglo II a. C., Museo Arqueológico de Delfos, tomada por Zde. Todas ellas con CC SA-2.0 o 4.0.

Imagen de interior: reinterpretación de la ilustración de la página 294 de Collection of Etruscan, Greek and Roman antiquities from the cabinet of the Honourable William Hamilton, publicado en 1766, y que hoy se encuentra en la biblioteca pública de Boston (domino público)

Imagen de interior: ilustración de interior de Stories of Persons and Places in Europe (1887) de E.L. Benedict.

ISBN (papel): 978-84-128182-0-8

ISBN (ebook): 978-84-128182-1-5

Diseño de la colección y del interior: J. Mauricio Restrepo

Compaginación: M. I. Maquetación, S. L.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio mecánico o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a su autor y a editorial Rosamerón. Te animamos a compartir tu opinión e impresiones en redes sociales; tus comentarios, estimado lector, dan sentido a nuestro trabajo y nos ayudan a implementar nuevas propuestas editoriales.

editorial@rosameron.com

www.rosameron.com

# Índice

*Cómo escuchar*

**Introducción**

**PRIMERA PARTE**

***Cómo escuchar, Plutarco***

**SEGUNDA PARTE**

**El arte de escuchar… a los demás**

**TERCERA PARTE**

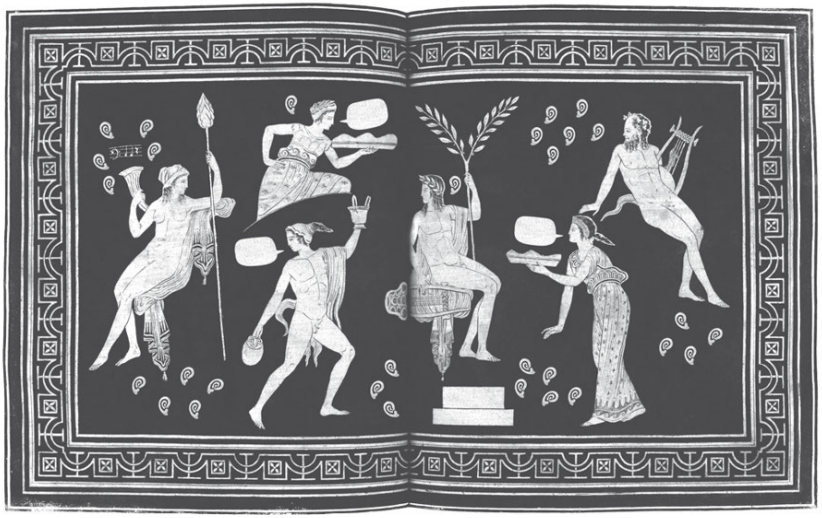
**Elogio del pensamiento y el estilo de Plutarco**

**Apéndices**

Elenco de personajes y lugares

Bibliografía

Notas



# INTRODUCCIÓN

**La buena fortuna de Plutarco**

Entre los escritores griegos y latinos de la época romana, tres de ellos han atravesado los siglos sin apenas verse afectados por los cambios de costumbres y la sucesión de modas intelectuales. Todavía se leen con gusto, tanto por las élites intelectuales como por el lector común y, además, han tenido la suerte de que sobrevivieran muchos de sus libros.

Sus obras pocas veces logran ser bestsellers, pero casi siempre son longsellers: raramente nos miran desde los escaparates de una librería, pero nunca abandonan sus estantes.

Ya habrás adivinado, lector, que uno de estos tres autores es Plutarco, puesto que estás leyendo este libro. Los otros dos son Séneca y Cicerón.

En los últimos años se ha apagado un poco el brillo de Cicerón, quien durante dos milenios fue el escritor latino más influyente, pero no ha disminuido el interés hacia Séneca y Plutarco, de los que casi cada mes se anuncia una nueva edición, ya que sus títulos logran el raro prodigio de ser publicados por muchas editoriales y, sin embargo, no saturar el mercado, privilegio que solo comparten algunos clásicos como El arte de la guerra de Sun Tzu, el Libro del Tao de Lao Tse, las Rubbayat persas de Omar Jayyam o El príncipe de Maquiavelo.

El mérito de Plutarco quizá sea mayor que el de Séneca, ya que no posee el encanto y la cercanía del romano y es sin duda más erudito. Sus libros están trufados de citas y frases de otros autores (se han contado ni más ni menos que entre siete y diez mil citas), lo que no suele agradar al lector moderno, que prefiere pensar que todo lo que escribe un autor ha nacido de su propia imaginación. Pagar las deudas, es decir, mencionar las fuentes de las que se bebe, parece restar originalidad, y suele considerarse «vana erudición». ¿Cómo explicar entonces el extraño caso de Plutarco, o el de su discípulo, separado de él por océanos de tiempo, Montaigne?

La respuesta es que no se trata de vana erudición, sino, en todo caso, de provechosa erudición. A primera vista puede parecer que esos textos repletos de citas de Plutarco o Montaigne son como las actuales tesis doctorales, en las que opina todo el mundo excepto el que firma la investigación, o que se parecen a aquellos centones del Imperio romano tardío y la Edad Media, densos volúmenes en los que se reunían las opiniones más curiosas, ingeniosas o sabias de la Antigüedad, salvando del olvido a autores de los que ahora apenas conservamos el nombre. Aquellas antologías de fragmentos y testimonios explican sin duda el gusto por el aforismo que encontramos siglos más tarde en un Lichtenberg o un Nietzsche, porque parecía que para convertirse en un clásico había que ofrecer sabiduría en dosis minúsculas y construir un pensamiento fragmentario. Sin embargo, lo que hace que los ensayos de Plutarco y Montaigne no sean confundidos con centones, florilegios o antologías es que todas esas citas no son perlas dispersas en un plato, sino que están unidas por un hilo que les confiere sentido, unidad y belleza. Son hermosos collares de perlas.

A pesar de que suele considerarse a Plutarco un escritor menor en cuanto al estilo, esta opinión empezó a ser cuestionada cuando Donald Russell publicó en 1972 una nueva biografía en la que reivindicó el arte literario de este, que por lo general había sido menospreciado o que había pasado desapercibido, aunque existen notables excepciones como Ralph Waldo Emerson, quien dijo que era imposible leer a Plutarco «sin sentir un hormigueo en la sangre». Si un autor es capaz de provocar esa reacción en sus lectores, y no cabe duda de que Plutarco lo consigue a menudo, entonces quizá deberíamos redefinir la excelencia literaria, no prestando atención tan solo a los brillos retóricos más llamativos. El propio Plutarco, al que se ha acusado más de una vez de falta de aticismo —es decir, de no alcanzar la elegancia de los autores clásicos del Ática (Atenas)—, parece haber sido muy consciente de que a menudo es preferible sacrificar la brillantez del estilo para no entorpecer el sentido y el efecto buscado, como él mismo lo dice con toda claridad precisamente en este ensayo que nos atañe, donde previene a los jóvenes de ocuparse más del envoltorio que de la sustancia:

Pues si bien es propio de los que hablan el no descuidar en absoluto una elocución placentera y convincente, el joven ha de preocuparse de ello lo menos posible, al menos al principio… El que de inmediato desde el principio, cuando aún no ha echado raíces en los asuntos, da importancia a que la elocución sea ática y sutil, es semejante al que no quisiera beber un antídoto si la vasija no estuviera modelada en arcilla ática de Colias1.

En cualquier caso, detrás de los ensayos de Plutarco y Montaigne, casi siempre podemos descubrir al autor y su intención. Hay que reconocer que el francés se hace notar más que el griego y que, como él mismo dice, quien toca sus libros toca a un hombre. Plutarco es más escurridizo, quizá porque sus gustos son más convencionales o conservadores y porque su moderación y su deseo de ajustarse a lo adecuado, rehuyendo el escándalo, lo hacen menos llamativo, aunque es un tema digno de investigación descubrir la personalidad que se esconde bajo su aparente neutralidad. Esa investigación tal vez nos depare algunas sorpresas que dejamos para más adelante, en una breve defensa que se incluye tras «El arte de escuchar... a los demás»: «Elogio del pensamiento y el estilo de Plutarco» (en la página 148). Ahora tenemos que situar a Plutarco en su época.

**La vida**

Plutarco nació en Queronea, ciudad de la región griega de Beocia, apenas a una distancia de treinta kilómetros del santuario de Delfos, en el año 46 de nuestra era. La ciudad de Queronea presumía de un pasado glorioso, pues fue allí donde tuvo lugar la última resistencia de los Estados griegos contra los macedonios de Alejandro Magno. También, como tebanos que eran, podían presumir de su protagonismo en los tiempos antiguos, como su heroica participación en la lucha contra los persas. Por otra parte, Beocia es la región vecina del Ática, y sus capitales, Tebas y Atenas, siempre fueron rivales. En Beocia estaba el santuario de Delfos, del que

Plutarco llegaría a ser sumo sacerdote; los montes Parnaso y Helicón, donde las musas se aparecieron al poeta Hesíodo; también era beocio el rey Edipo, el hombre que resolvió el gran enigma de la Esfinge y que dio su nombre, milenios después, a un célebre complejo freudiano. Tebano era también el poeta Píndaro, y en aquella región se sitúa el mito de Narciso y la sangrienta epopeya de Los siete contra Tebas. Se ha llegado a pensar que el nombre de Grecia procede de la ciudad beocia de Graea.

Aunque Plutarco habla a menudo de su familia, e incluso los hace aparecer en sus diálogos, en especial a sus hermanos Lamprias y Timón (por el que muestra un gran afecto), pero no está del todo claro el árbol genealógico. Ni siquiera sabemos con seguridad cuántas veces se casó, aunque el erudito francés Jean Ruault logró en su Vida de Plutarco, publicada en 1624, deducir que la mujer llamada Timoxena era su esposa. Se conserva una carta de consolación de Plutarco a su esposa con motivo de la pérdida de una de las hijas del matrimonio. Tuvieron al menos dos hijos varones, Autóbulo y Plutarco, y probablemente un tercero llamado Soclaros. Sabemos que su abuelo Lamprias fue un referente para él, y que otro Lamprias, del que se ha dicho que podría ser también hijo suyo, da su nombre al catálogo de las obras de Plutarco. Sobrino o nieto suyo era Sexto de Queronea, al que el emperador Marco Aurelio elogia como uno de sus maestros más queridos. Lo que no es seguro es si este Sexto es el célebre filósofo escéptico conocido como Sexto Empírico.

Los tiempos de gloria de los griegos quedaban ya lejanos cuando nació Plutarco. Las grandes potencias, como Atenas, Esparta o Tebas, ya no jugaban ningún papel en el tablero de eso que hoy llamamos geopolítica. Grecia había quedado bajo el dominio de Roma, aunque, al mismo tiempo, como se expresa en la célebre frase, la derrota de Grecia fue la victoria de la cultura griega: «Graecia capta ferum victorem cepit» («La Grecia conquistada conquistó a su fiero conquistador»).

Parece que Plutarco aceptó la tutela romana casi con agrado, porque, como expresa en varias ocasiones en sus Vidas paralelas, cuando las ciudades griegas estaban en su esplendor militar, pasaban gran parte del tiempo luchando unas contra otras, en

guerras continuas, fratricidas desde el punto de vista de una cultura compartida, y tan solo en raras ocasiones, como ante la invasión persa o en la lejana y quizá mítica guerra de Troya, pudieron unirse para hacer frente a un enemigo común. Ni siquiera ante la amenaza de Filipo y su hijo Alejandro, las ciudades griegas habían sido capaces de formar un frente común. Tras la rendición de Atenas y Esparta, Tebas fue la última gran ciudad que se enfrentó a Alejandro, con su célebre ejército de parejas de amantes, uno joven, otro maduro. Fueron derrotados, pero pudieron presumir de que, al fin y al cabo, ellos habían educado al joven Alejandro en las artes militares. Pero, como ya se ha dicho, todo aquello ahora quedaba muy lejano y los griegos se habían acostumbrado a vivir cómodamente bajo la tutela del Imperio Romano.

Es cierto que se habían perdido muchas de las instituciones antiguas, de las que los griegos se sentían orgullosos, pero también ahora, tras la ya lejana guerra civil romana entre Octavio y Marco Antonio, o la tiranía de Nerón y el año de los cuatro emperadores (Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano) que Plutarco presenció en su juventud, los griegos vivían en paz, lejos de aquellas peleas continuas por la hegemonía entre atenienses, tebanos, corintios, espartanos, tracios o macedonios. Además, la más sagrada de las instituciones griegas, el oráculo de Delfos, había sido reconstruida, y precisamente bajo la guía de uno de sus dos sacerdotes, el propio Plutarco conocía un nuevo esplendor. No es extraño, en consecuencia, que adquiriese de buen grado la ciudadanía romana, tomando el nombre de Lucius Mestrius Plutarchus, a pesar de que nunca menciona esta circunstancia en sus obras.

Un rasgo de Plutarco ha llamado la atención de los estudiosos, pues es junto al filósofo neoplatónico Porfirio, el único autor grecolatino del que se han conservado escritos en los que se rechaza el comer carne de animales y, en consecuencia, se defiende el vegetarianismo. A pesar de que se ha dicho que sus ideas vegetarianas son influencia de la creencia pitagórica en la metempsicosis, puesto que los seres humanos se podrían encarnar también en animales, la lectura de su tratado Acerca de la inteligencia de los animales, muestra claramente que sus razones son más bien la certeza de que los animales, y en especial los mamíferos, poseen cierto grado de inteligencia y, lo que es más

importante, incluso poseen un lenguaje articulado que les hace pronunciar, en el momento del sacrificio, «llantos por la justicia» (dikaiologias)2. Es decir que sufren de manera espantosa en los mataderos y en los altares, pues esos gritos no son, como dirían más de mil años después el español Gómez Pereira y el francés René Descartes, simples «chirridos de la maquinaria».

Se sabe que Plutarco visitó Roma bajo la protección del senador Floro, que en Grecia fue iniciado en los misterios de Delfos, y probablemente también en los de Eleusis, y que él mismo consiguió para la ciudad y el santuario de Delfos varios privilegios otorgados por el emperador Vespasiano, al que conoció personalmente. Además, vivió bajo el mandato de otros cuatro o cinco emperadores: Tito, Domiciano, Nerva, Trajano y tal vez Adriano.

La carrera política de Plutarco fue muy exitosa. Ejerció como magistrado en Queronea, representó a su ciudad como embajador, fue arconte varias veces y también epimeletes o administrador de la Liga Anfictonia al menos en cinco ocasiones, organizando incluso unos Juegos Píticos.

El historiador bizantino Jorge Sincelo asegura en su exhaustiva cronología del mundo que el emperador Adriano lo nombró Procurador de la región griega de Acaya, y también se dice que ya antes Trajano lo había nombrado procurador de Iliria, aunque persisten ciertas dudas acerca de ambos cargos, en especial del segundo. Lo que sí es seguro es que se convirtió en uno de los dos sacerdotes de Delfos, de un santuario reconstruido que los romanos veían como un destino turístico un poco folclórico, pero que Plutarco se tomó muy en serio, buscando recuperar la gloria perdida.

### *Paideia, la educación integral del individuo*

En Plutarco, la intención moralizadora, el empeño en convertir cualquier anécdota, poesía o relato en un aprendizaje, es una muestra tardía, pero todavía intensa, de la gran importancia que se

daba en Grecia a la paideia, un concepto que va más allá de la simple enseñanza escolar, pues se refiere a la formación integral del individuo, tanto desde el punto ético o moral como de sus deberes como ciudadano. Werner Jaeger, en su ya clásico libro Paideia, dedicado íntegramente a la importancia de la educación en Grecia, nos recuerda que las obras de Homero, la Ilíada y la Odisea, fueron la referencia cultural más importante para los griegos, y que al propio Homero se le consideraba «el educador de Grecia». En este sentido, dice Jaeger acerca de Plutarco:

En la obra de Plutarco, correspondiente a la época imperial, sobre la vida de los poetas, nos encontramos todavía con el mismo modo realista-escolar de enfocar la poesía homérica como la fuente de toda sabiduría3.

Si abrimos cualquier libro de Plutarco, da igual cuál escojamos, descubriremos siempre esa preocupación por la educación. Sus Vidas paralelas, en las que compara a célebres estadistas, poetas, artistas, reyes o militares de Roma con su contraparte griega, tienen como motivación principal ser exempla, es decir, servir de modelo ejemplar, decirnos, mediante la imagen vivaz y la anécdota reveladora, qué es lo que debemos imitar y qué es lo que debemos rechazar. Esas vidas son un espejo en el que mirarnos y componer en ese reflejo nuestra estatura moral, como quien se arregla el cabello o se ajusta la vestimenta. En cuanto a su otra gran colección de ensayos, los que se agrupan bajo el término Moralia, el nombre, que es traducción latina del griego Ética, señala también a las claras este carácter moralizante de las obras de Plutarco.

En este ensayo, el propósito educativo está presente desde las primeras líneas, pues el libro está dedicado al joven Nicandro, para que, ahora que va a entrar en el mundo adulto con pleno derecho, no olvide que debe seguir formándose y que su nuevo maestro va a ser su propia conciencia. Por eso será de especial importancia que sepa escuchar a todos aquellos que puedan enseñarle algo o con quienes deba debatir en el futuro, pues antes que a hablar se debe aprender a escuchar.

## Plutarco después de su época

En el Catálogo de Lamprias, en el que se enumeran sus obras, se alcanza un número asombroso: doscientas veintisiete. A ellas hay que sumar al menos dieciocho títulos que han llegado a nosotros a través de distintas fuentes, y algún libro más que sabemos que escribió, por la sencilla pero contundente razón de que lo conservamos o que él mismo lo menciona. De esa inmensidad de textos han sobrevivido alrededor de ochenta, además de fragmentos dispersos de varias decenas más.

Los ensayos al parecer no fueron muy conocidos en su época y es bastante sorprendente que no mencione ni sea apenas citado por muchos de sus contemporáneos, como Plinio el Viejo.

Pero su fama se hizo inmensa en Francia e Inglaterra. En Francia porque Michel de Montaigne imitó el estilo de Plutarco, aunque añadiendo una mayor implicación personal, en sus Essais, que son el origen del ensayo moderno. Montaigne no solo adoptó el estilo claro y ligero de Plutarco y su afición a la cita, sino que menciona al propio Plutarco más de cuatrocientas veces.

Thomas North tradujo las obras de Plutarco al inglés y esos libros fueron la inspiración de varias obras de Shakespeare, como Marco Antonio y Cleopatra, Coriolano, Julio César o Timón de Atenas.

Sin duda debemos congratularnos porque hayan llegado hasta nosotros tantos libros de Plutarco, aunque eso no impide un razonable lamento por los que se han perdido. Pero conformémonos, y con mucho placer, con lo que tenemos, como este magnífico Cómo escuchar.

## Sobre Cómo escuchar

Se ha supuesto, tras intensos estudios filológicos, que Cómo escuchar fue concebido en los años de madurez de Plutarco, cuando ya había escrito gran parte de su obra. Mantiene una evidente relación con otro pequeño ensayo, Sobre cómo debe escuchar el joven la poesía, en el que Plutarco demuestra una erudición incluso más asombrosa de lo habitual, engarzando uno tras otro fragmentos de poesía. Nadie ha dudado nunca de que ambos libros fueron escritos por él.

El libro está dedicado a Nicandro, un joven del que apenas sabemos nada, excepto que ha dejado ya su vestido juvenil para adoptar el traje de los adultos. Eso le podría hacer pensar que ha terminado su educación y que ya no tiene maestros a los que seguir, pero Plutarco enseguida refuta esa opinión, pues Nicandro ahora contará con un maestro al que nunca deberá abandonar: la razón. Su propia razón deberá convertirse en la nueva autoridad, es decir, la divinidad, puesto que «seguir a la divinidad y obedecer a la razón son la misma cosa».

Este ensayo es uno de los más vivaces de Plutarco y abunda en buenos consejos, así como observaciones inteligentes y útiles. No vale la pena anticiparse a lo que nos va a contar, así que dejamos para más adelante el análisis de las muchas ideas interesantes que nos sugiere Plutarco, no solo en este librito, sino también en otras de sus obras acerca de la escucha. A ello hemos dedicado la segunda parte de este volumen, en el ensayo «El arte de escuchar… a los demás» (página 81).

Ahora animamos al lector a seguir el consejo de Plutarco y prestar un oído atento a todo lo que nos dice en Cómo escuchar.

# PRIMERA PARTE

## Cómo escuchar

### PLUTARCO

# 1

## Dedicatoria a un joven que debe convertirse en su propio maestro

TRAS HABER PUESTO POR ESCRITO mi disertación sobre Cómo escuchar, Nicandro, te la envío para que aprendas a escuchar correctamente a quien trate de aconsejarte ahora que has tomado la toga viril4 y te has apartado de quienes te guiaban con sus instrucciones. La ausencia de alguien que te ponga normas que algunos jóvenes, por falta de formación, toman por libertad, como dejar libres de sujeciones a los deseos, los pone como dueños y señores, aún más severos que los maestros y pedagogos de cuando éramos niños.

E igual que, según Heródoto, las mujeres se desvisten del pudor al tiempo que de la túnica, así algunos jóvenes al quitarse la toga infantil, abandonando el respeto y el temor y despojándose de la vestimenta que modelaba su comportamiento, se llenan de grosería. Pero tú, que has oído muchas veces que obedecer a la razón es lo mismo que seguir a la divinidad, piensa que para los jóvenes sensatos el paso de niños a hombres no representa la supresión de la autoridad, sino un cambio de mentor; en vez de tomar a alguien a sueldo o comprado con dinero, toman por guía divina de la vida a la razón, que solo quienes la siguen merecen el nombre de libres; y es que solo viven como quieren quienes han aprendido a querer lo que deben; en los impulsos y las acciones ineducados y carentes de raciocinio hay algo innoble, y en quien cambia muchas veces de intención algo de ruin.

# 2

## El oído, vía de entrada de la virtud

ADEMÁS, IGUAL QUE DE LOS RECIÉN INSCRITOS en los registros de ciudadanos, unos, que han nacido en otra parte y son extranjeros por completo, se quejan de muchas cosas y se enfadan por lo que sucede mientras que otros, que llevan tiempo de residentes, que se han criado allí y están acostumbrados a las normas, las aceptan sin dificultades y se contentan con lo que se les impone, así tú, que recibes de la filosofía tu alimento desde hace mucho y estás acostumbrado desde el principio a que todo género de lección y disertación para principiantes se te ofrezca mezclada con razonamientos filosóficos, has de acercarte a la filosofía como lo haría una persona bien dispuesta y familiarizada con ella, pues es la única que verdaderamente envuelve a los jóvenes en el decoro varonil y pleno que procede del raciocinio.

Creo que previamente oirás con agrado algo respecto al sentido del oído, del que Teofrasto dice que es el más sensible de todos, pues ni la vista ni el gusto ni el tacto producen enajenaciones, trastornos y arrebatos semejantes a los que se apoderan del alma cuando se presentan bruscamente al sentido del oído estrépitos, crujidos y zumbidos y que, por otra parte, tiene más de racional que de emocional.

Muchas zonas y partes del cuerpo proporcionan a la maldad una vía para que penetre a través de ellas y alcance el alma, pero los oídos de los jóvenes son para la virtud como presas si son puros e inaccesibles a la adulación y se mantienen desde el principio inalcanzables a los razonamientos despreciables. Por eso prescribía Jenócrates poner orejeras a los niños antes que a los atletas5: no por precaución ante la falta de atención o la sordera, sino

exhortando a guardarlos de las malas palabras, pues si a estos últimos les protegen los oídos de los golpes, a los primeros les evitan que su carácter se pervierta por las palabras viles que oyen hasta que otras palabras, virtuosas, alentadas por la filosofía como salvaguarda de su carácter, se adueñen de la parte que puede ser más influenciada y persuadida.

También el antiguo Bías, una vez que le ordenaron que enviara a Amasis la porción de la víctima del sacrificio que a la vez era la mejor y la peor, eligió la lengua y se la mandó, en la idea de que hablar produce tanto los mayores perjuicios como los mayores beneficios.

Muchos, cuando hacen carantoñas a los niños, les tocan las orejas y les mandan que hagan ellos también eso mismo, dando a entender con esa broma que hemos de querer sobre todo a los que nos benefician por medio del oído; pues es evidente que el joven excluido de toda disertación y que no puede saborear ningún discurso no solo es completamente improductivo y estéril para la virtud, sino que incluso podría torcerse a la maldad, y su alma, como tierra sin remover ni roturar, daría gran cantidad de maleza. Porque los impulsos hacia el placer y los resquemores frente al esfuerzo —que no son de origen externo ni introducidos por las palabras, sino como fuentes innatas de miles de padecimientos y enfermedades—, si uno los deja sueltos para que se muevan por donde los lleve su natural y no disciplinar su naturaleza arrancándolos o encarrilándolos mediante razones buenas y útiles, no hay animal que no parezca más manso que el hombre.

# 3

## Es tan importante aprender a escuchar como aprender a hablar

POR ELLO, COMO ESCUCHAR CONLLEVA para los jóvenes un gran beneficio y un no menor riesgo, creo que está bien que uno discurra sobre el escuchar, tanto consigo mismo como con algún otro. Porque vemos que la mayoría lo usa mal, que se ejercita en hablar antes de haberse acostumbrado a escuchar y cree que hay un aprendizaje y un estudio de cómo hablar, pero que de escuchar uno se beneficiará lo haga como lo haga.

Muy cierto que entre quienes juegan a la pelota es simultáneo el aprender a lanzarla y a recibirla; en el uso de la palabra, sin embargo, recibirla correctamente es previo a emitirla, como concebir y gestar son previos a alumbrar un ser viable.

En el caso de las aves, se dice que los huevos y las puestas hueros son fecundaciones de ciertos residuos vanos e inanes, y en el caso de los jóvenes que ni son capaces de escuchar ni están acostumbrados a beneficiarse mediante el oído, su discurso huero, cayendo «sin gloria e ignoto, se disuelve bajo las nubes».

Las vasijas se inclinan y se hacen girar para llenarlas apropiadamente sin que el líquido se vierta, pero algunos jóvenes no aprenden a atender al que habla y aplicarse a la disertación con atención bastante para que no se les escape ninguna de las cosas útiles que se dicen; por el contrario —una cosa que es lo más ridículo de todo—, si se encuentran con alguien que está contando un banquete o una procesión o un sueño o los insultos que ha intercambiado con otro, escuchan atentamente en silencio y se centran en ello. Pero si alguien llevándolos aparte les enseña algo

útil o los exhorta al deber o les reconviene si tienen un descuido o les aplaca cuando se enfadan, no lo soportan, sino que, si pueden, ansiando quedar por encima, se enfrentan a la reconvención y, si no, se apartan y se van a otras charlas y banalidades, llenándose los oídos, como vasijas vulgares y estropeadas, de cualquier cosa antes que de lo necesario.

Los que saben educar bien, a los caballos los hacen dóciles al bocado y a los niños dóciles a la palabra, enseñándoles a escuchar mucho y no hablar mucho. Espíntaro, alabando a Epaminondas, decía que no era fácil encontrar a otro que supiera más ni que hablara menos. Y dicen que la naturaleza nos ha dado a cada uno dos orejas y una sola lengua porque debemos hablar menos que escuchar.

# 4

## Alabanza del silencio

EN CUALQUIER SITUACIÓN, EL SILENCIO es para el joven decoro seguro, sobre todo si mientras escucha a otro no se excita ni se pone a aullar a cada palabra, sino que, aunque el discurso no le agrade mucho, lo soporta y espera a que termine el que habla; y cuando el otro acaba, no se lanza de inmediato a la objeción, sino que, como lo aconseja Esquines, deja pasar un tiempo por si el que hablaba quisiera añadir algo a lo ya dicho o cambiar algo o retirarlo. Los que interrumpen de inmediato no guardan la compostura ni cuando escuchan ni cuando se les escucha mientras se dirigen a los que estaban hablando. Por el contrario, el que está acostumbrado a escuchar contenida y respetuosamente recibe y guarda las palabras benéficas, pero las inútiles o falsas las distingue y reconoce con facilidad, dejando claro que es amigo de la verdad, pero no aficionado a las disputas ni apresurado ni peleón. De ahí que algunos digan —y no les falta razón— que es más necesario vaciar a los jóvenes de presunción y engreimiento que de aire a los odres si se quiere verter en ellos algo útil, pues de lo contrario, mientras estén llenos de ampulosidad y jactancia, no les cabe otra materia.

# 5

## La envidia, obstáculo para escuchar adecuadamente

LA PRESENCIA DE LA ENVIDIA junto con la maledicencia y la mala intención no son un bien para ninguna tarea, sino un obstáculo para todo lo bueno, y un pésimo compañero y consejero para el que escucha, pues le transforma lo provechoso en hiriente, desagradable y molesto, porque los envidiosos disfrutan más con cualquier otra cosa que con lo que está bien dicho.

Quien se siente dolido por la riqueza, el buen nombre o la belleza que otros poseen es, sencillamente, un envidioso, pues le pesa que a otros les vaya bien, y quien se molesta por un discurso bien dicho, se aflige de su propio bien, porque igual que la luz es un bien para los que ven, también el discurso acertado es un bien para quienes lo escuchan si quieren aceptarlo.

A veces, la envidia la hacen nacer, entre otras cosas, modos de ser groseros y perversos; la envidia a los que hablan, que viene del ansia inoportuna de renombre y de la ambición injustificada, ni siquiera permite a quien tiene esa forma de ser prestar atención a quienes están hablando, sino que arma alboroto y distrae el pensamiento, que al tiempo se dedica a revisar su propia condición, por si es inferior a la del que habla, y a atender a los demás, a ver si les está gustando y les produce admiración; y aturdido por los elogios y enfadado con los presentes si dan por bueno al orador, desecha y rechaza la parte ya dicha del discurso porque al recordarla se disgusta; se altera ante lo que falta por decir y, temblando por si fuera mejor que lo ya dicho, apresura a los oradores para que acaben lo antes posible cuando mejor están hablando; y cuando la disertación ha terminado no está a favor de nada de lo dicho, sino que recuenta las exclamaciones y gestos de

los presentes como si fueran votos, rehúye como loco a los que elogian y salta y corre para unirse a los que ponen pegas y retuercen lo que se ha dicho. Y si no hay nada que retorcer, compara al orador con otros para decir que hablaron mejor y más vigorosamente sobre ese mismo tema, hasta que echando a perder la disertación y deslustrándola consigue que también para él resulte inútil y de nulo provecho.

# 6

## Hay que saber aprovechar los aciertos y los errores del orador

POR ESO ES PRECISO, llegando a un equilibrio entre el deseo de escuchar y el deseo de buena reputación, escuchar benévola e indulgentemente al que habla, como si a uno lo hubieran invitado a un banquete sagrado o al sacrificio de las primicias; hay que alabar la parte que lo merece, deleitándose con la propia buena voluntad del que expone públicamente lo que sabe y convence a otros mediante los mismos argumentos que le han convencido a él. Se ha de considerar que los que aciertan no aciertan por azar ni espontáneamente, sino por aplicación, esfuerzo y aprendizaje, y que en eso se ha de imitar a aquellos a los que admiramos y deseamos emular y que con los que se equivocan hay que reflexionar sobre las causas y el origen de su error; como dice Jenofonte6, igual que a los que administran bien su casa les son de provecho amigos y enemigos, a los que están alerta y atienden les benefician los que hablan tanto cuando aciertan como cuando se equivocan.

La pobreza de pensamiento, la vacuidad del lenguaje, la pose insolente, el apasionamiento con muestras groseras de alegría ante los elogios y todas esas cosas nos parecen más evidentes en los otros cuando los escuchamos que en nosotros mismos cuando hablamos.

Por eso las cuentas hemos de pedírselas no al que habla, sino a nosotros mismos, examinando con atención si nos hemos equivocado por habérsenos pasado inadvertido algo de ello, porque lo más fácil del mundo es hacer reproches al prójimo, cosa inútil y vana a menos que lo apliquemos a corregir o evitar errores semejantes. Cuando se ve a alguien que se equivoca, no hay que ser perezoso en repetirse uno siempre a sí mismo lo que decía Platón:

«¿Seré yo acaso igual que ese?». Porque igual que vemos brillar nuestros ojos en los de quienes tenemos cerca, así también en cuestión de discursos hemos de ver como en un espejo nuestros discursos en los de los demás para no despreciarlos con demasiada osadía y poner mayor cuidado al hablar nosotros. A este efecto también es útil la comparación, cuando estamos a solas tras haber salido de una disertación y tomamos algo que nos parece que se ha dicho no bien o no suficientemente y nos empujamos a nosotros mismos a completar unas cosas, a corregir otras, a expresar algunas de otro modo, y otras veces a intentar reelaborarlas íntegramente desde el principio hasta el punto fundamental. Eso es lo que hizo Platón con el discurso de Lisias7.

Oponerse al discurso pronunciado no es difícil, sino muy fácil, pero oponerle otro mejor es sumamente costoso. Como dijo el lacedemonio al oír que Filipo había devastado Olinto: «Pero probablemente no sería capaz de levantar otra ciudad igual». Y cuando al hablar de un tema determinado salte a la vista que no somos mucho mejores que los que ya han hablado, nos cuidaremos mucho de despreciarlos y rápidamente rebajaremos nuestra arrogancia y egoísmo al vernos puestos a prueba en semejantes comparaciones.

# 7

## El orador y el oyente deben evitar los excesos

COMO LA ADMIRACIÓN ES OPUESTA AL DESPRECIO, sin duda es propia de una naturaleza más bien indulgente y apacible, pero eso no requiere una precaución menor, sino tal vez mayor: los arrogantes y altaneros se benefician menos de los oradores, pero los propensos a la admiración e ingenuos salen más perjudicados, y no se le reprocha a Heráclito haber dicho que «el mentecato suele quedarse atónito ante cualquier discurso». A quienes hablan hay que prodigarles alabanzas liberalmente, pero a sus palabras hay que darles crédito con muchas precauciones y hay que ser espectador benévolo y sencillo de la elocución y dicción de los que hablan en público, pero examinador minucioso y punzante de la utilidad y la veracidad de las cosas que se dicen, para que los oradores no sientan animosidad y sus palabras no causen daño. Si no nos damos cuenta, admitimos por indulgencia y confianza en quienes hablan muchas doctrinas falsas y viciadas.

Los arcontes de los lacedemonios, si aprobaban una propuesta de un individuo que no vivía honestamente, encargaban a otro de buena reputación en su vida y costumbres que la expusiera, habituando al pueblo muy acertadamente y para bien del Estado a dejarse guiar más por la calidad moral que por el discurso de quienes le aconsejaban.

Y los discursos de carácter filosófico hay que someterlos a examen por sí mismos, sin tener en cuenta la reputación de quien habla. Como al guerrear, al escuchar también hay mucho de cosa vana: las canas del que habla y su manera de modular la voz y su gesto serio y su jactancia y, sobre todo, los gritos y el tumulto y los brincos de los presentes, todo junto deja pasmado al oyente inexperto y joven

como si lo arrastrara una corriente. Y también la elocución tiene algo de engañoso cuando es agradable y profusa y se refiere a los asuntos con cierto empaque y con el estilo adecuado. Igual que al auditorio se le escapan muchos de los defectos de quienes cantan con acompañamiento de flauta, así una elocución extraordinaria e impetuosa deslumbra al oyente tanto como el tema expuesto. Al parecer, una vez que le preguntaron a Melantio sobre una tragedia de Diógenes, dijo que no había podido verla por la cantidad de palabras que se le interponían. Y los debates y ejercicios de la mayor parte de los sofistas no solo usan las palabras como parapeto de los pensamientos, sino que, además, dulcificando la voz con modulación armoniosa y suavidad y con simetrías en las frases, sacan de sí y arrastran a los oyentes, ofreciéndoles un placer vacuo, y a cambio reciben una fama más vacua aún. De modo que les ocurre algo parecido a lo de Dionisio: este, al parecer, prometió en un espectáculo grandes regalos a un citaredo de mucha fama, pero luego no le dio nada, pretextando que ya le había entregado la recompensa: «El tiempo que nos deleitaste cantando fue el mismo que tú disfrutaste de aquella esperanza». Ese es el premio que tales audiciones brindan a los que hablan: son admirados tanto como deleitan y, luego, cuando ha pasado el deleite de la audición, también la fama los abandona y así se gasta en vano el tiempo de los oyentes y la vida del orador.

# 8

## Una escucha respetuosa seguida de un examen de lo que se ha aprendido

POR ESO, ELIMINANDO DE LA ELOCUCIÓN el exceso y la vacuidad es preciso perseguir el mismísimo fruto e imitar no a las tejedoras de guirnaldas, sino a las abejas: las primeras van a recoger las ramas floridas y perfumadas y con ellas trenzan una labor placentera, pero efímera y sin fruto; las otras, aunque revoloteen muchas veces por entre prados de violetas, rosas y jacintos, se hacen con el tomillo, lo más áspero y acre, y con él se dedican «a elaborar la rubia miel» de la que se ocupan8, y cuando han recogido lo útil regresan a su tarea habitual. De ese mismo modo es preciso que el oyente puro y amante del arte deje pasar lo florido y delicado de la expresión y lo teatral y ostentoso de los temas, considerándolo alimento de zánganos dedicados a la sofística, y, sumergiéndose él con aplicación en el contenido racional del discurso y en la disposición del que habla, extraiga de ello lo útil y beneficioso, teniendo presente que no ha acudido a un teatro ni a un espectáculo musical, sino a una escuela y un lugar de enseñanza con el fin de corregir su vida gracias a lo que allí se dice. De ahí que se haya de examinar y juzgar la disertación partiendo uno de sí mismo y de la propia disposición anímica respecto a uno mismo, comparando si se ha debilitado alguna de las pasiones, si alguno de los pesares se ha vuelto más leve, si el coraje y la manera de pensar son firmes, si hay entusiasmo por la virtud y la belleza.

Igual que en la peluquería cuando uno se levanta ha de ponerse ante el espejo y tocarse la cabeza, revisando el corte de los cabellos y la diferencia de peinado, al salir de una disertación y de la escuela uno no ha de apartar de sí mismo la mirada hasta haber examinado cuidadosamente si el alma se ha vuelto más ligera y agradable tras

despojarse de algo de lo inoportuno y sobrante. Porque, como dice Aristón, «ni el baño ni el discurso son de utilidad si no limpian».

# 9

## No el placer ni la belleza del discurso sino su utilidad

¡QUE DISFRUTE EL JOVEN QUE SE BENEFICIA de los discursos! Pero no ha de hacer del placer la finalidad de la disertación, ni creer que ha de apartarse del filósofo canturreando de alborozo9, ni pretender salir perfumado cuando lo que necesita son ungüentos y cataplasmas, sino estar agradecido si alguien le despeja con un discurso acre la mente, llena de tinieblas y oscuridad total, igual que se despeja un enjambre con humo. Pues si bien es propio de los que hablan el no descuidar en absoluto una elocución placentera y convincente, el joven ha de preocuparse de ello lo menos posible, al menos al principio.

Más adelante, igual que los que beben, cuando ya no tienen sed, miran la parte de abajo de las copas para fijarse en el modelado y les dan vueltas a uno y otro lado, así al joven, cuando está lleno de doctrinas y tiene un respiro, se le ha de conceder fijarse en la elocución, a ver si tiene algo de elegante y exquisito. Pero el que de inmediato desde el principio, cuando aún no ha echado raíces en los asuntos, da importancia a que la elocución sea ática y sutil, es semejante al que no quisiera beber un antídoto si la vasija no estuviera modelada en arcilla ática de Colias, ni ponerse un manto en invierno a menos que la lana fuera de ovejas áticas, sino que se quedara sentado sin hacer nada, inmóvil, como envuelto en el manto fino y suave de un discurso de Lisias. Esos hábitos enfermizos producen mucho aislamiento de mente y de buen sentido, y en las escuelas produce mucho exceso de sutileza y charlatanería, porque los muchachos no observan ni el modo de vida ni la actuación ni la conducta pública del hombre formado en la filosofía, sino que ponen como motivo de alabanza la elocución y el lenguaje y el expresarlo en público hermosamente, pero sin saber ni querer

investigar si lo que expresan es útil o inútil, pertinente o vano y superfluo.

# 10

## Las preguntas al orador no deben emplearse para el lucimiento propio

A ESTO LE SIGUE EL ASUNTO DE LAS PREGUNTAS. Cuando uno va a un banquete, ha de tomar lo que le ofrecen y ni pedir otra cosa ni rechazarlo. El que está en el banquete de los discursos, si son sobre temas acordados, debe escuchar en silencio al que habla (los que sacan otros temas e interrumpen con preguntas e introduciendo nuevas cuestiones, que no son gratos ni compañía agradable en una disertación, no obtienen ningún beneficio y estorban por igual al orador y al discurso). Sin embargo, cuando el que habla solicita a los oyentes que hagan preguntas y propongan cuestiones, debe uno siempre hacerse ver proponiendo alguna cuestión útil y necesaria.

Los pretendientes se burlaban de Ulises porque «andaba pidiendo mendrugos de pan, no espadas ni calderos»10, pues se considera signo de esplendidez lo mismo el dar cosas valiosas que el pedirlas. Y cualquiera se burlaría de un oyente que empujara al que habla a menudencias y embrollos, como algunos jóvenes que actúan como charlatanes pedantes exhibiendo su habilidad en cuestiones de dialéctica o matemáticas planteando preguntas sobre «la división de los indeterminados» y sobre «cuál es el movimiento, según sea sobre el lado o sobre el diámetro». A esos hay que responderles lo que dijo Filotimo al que padecía una consunción purulenta: cuando este último le habló pidiéndole un remedio para un absceso, dándose cuenta de su estado por el color y el resuello, le dijo: «Amigo mío, ¡lo tuyo no es cosa de abscesos!». Tampoco para ti, joven, es momento de andarte en esas averiguaciones, sino de preguntar cómo, una vez liberado de la presunción, la jactancia en temas amorosos y la necedad, podrás encauzarte a una vida sencilla y saludable.

# 11

## Las preguntas sensatas ayudan al orador a mostrar lo que sabe

AJUSTÁNDOSE BIEN A LA EXPERIENCIA o la capacidad natural del que habla, es muy necesario hacer las preguntas sobre los puntos en los que él es más fuerte, y no violentar al que está acostumbrado a la filosofía arrastrándole a cuestiones sobre la naturaleza o a dificultades matemáticas ni al que es respetado por su conocimiento de las cuestiones naturales arrastrándole a resolver sobre proposiciones hipotéticas ni a resolver los silogismos del Mentiroso11.

Igual que no parece probable que el que intenta cortar madera con una llave o abrir la puerta con un hacha vaya a causar un perjuicio a esos objetos, pero sí que se estará privando a sí mismo de la utilidad y eficacia de ambos instrumentos, así los que reclaman del orador cosas en las que ni tiene dotes naturales ni se ha ejercitado, pero no recogen ni toman lo que posee y ofrece, con ello no solo se perjudican, sino que además se atraen censuras por maldad y malevolencia.

# 12

## Los verdaderos filósofos lo siguen siendo cuando terminan sus discursos

Y UNO DEBE EVITAR FORMULAR muchas preguntas o formularlas muchas veces, pues también esos son modales propios del pedante. En cambio, cuando otro se extiende, escuchar con tolerancia es de personas que aprecian la erudición y civilizadas, a menos que a uno le incomode algún asunto propio o experimente una pasión acuciante que requiere contenerse o un malestar que necesita consuelo; en ese caso, como dice Heráclito, quizá no es «preferible ocultar la ignorancia», sino que lo mejor es sacarlo a la luz y curarlo. Y si nos altera el raciocinio alguna irritación o un ataque de superstición o algún desacuerdo tenso con los de nuestro círculo o un loco deseo amoroso «que mueve fibras del corazón nunca movidas», no debemos refugiarnos en otros discursos para escapar a los reproches, sino que debemos escuchar disertaciones sobre esas materias y después de las disertaciones acercarnos a los filósofos y preguntarles a título particular. Pero no hagamos lo contrario, como muchos que dialogan y admiran a los filósofos que disertan sobre esos temas, que si el filósofo, dejando a los demás, les habla francamente en particular sobre los puntos en desacuerdo y les hace sugerencias, se enfadan con él y lo consideran un entrometido.

Piensan que, por norma, se ha de escuchar a los filósofos en las escuelas como a los poetas trágicos en los teatros, pues consideran que en los asuntos externos a la escuela los filósofos no son mejores que ellos, ya que tienen hacia ellos el mismo sentimiento, aparentemente, que hacia los conferenciantes profesionales (estos, cuando ya se han levantado del sillón del maestro y han dejado sus libros y sus notas, a la mayoría les parece que en lo elemental de los verdaderos asuntos de la vida son insustanciales y quedan por

debajo), pero con los filósofos de verdad eso no es correcto: ignoran que su seriedad y sus bromas y sus movimientos de cabeza y su sonrisa y su severidad y, sobre todo, lo que dicen en particular a cada uno penetrando en su interior, tiene un fruto provechoso para los acostumbrados a oírles con paciencia y atención.

# 13

## Tampoco se debe exagerar en las alabanzas

EN CUESTIÓN DE ALABANZAS LO ADECUADO requiere también cierta precaución y comedimiento, porque no es propio del hombre libre ni la escasez ni el exceso, pues es pesado y molesto el oyente al que no le conmueve ni le interesa nada de lo que se dice, lleno de presunción hipócrita y de íntima jactancia, como si pudiera decir algo mejor que lo que ya se ha dicho, sin mover una ceja ni emitir una palabra benévola, testimonio de agrado al escuchar, sino a la caza de conseguir fama de hombre equilibrado y profundo mediante el silencio, la gravedad afectada y la pose, como si las alabanzas fueran riquezas de las que le pareciera quedar privado si las comparte. Pues son muchos los que interpretan mal y a destiempo el dicho de Pitágoras: él decía que con la filosofía había ganado el no admirarse por nada. Estos lo interpretan como no alabar ni apreciar nada, llevándolo al desprecio, tratando de alcanzar la distinción mediante el desdén. El razonamiento filosófico, mediante el conocimiento y la exploración de las causas de cada cosa, hace desaparecer la admiración y el asombro que vienen de la incertidumbre y la ignorancia, pero no echa a perder la afabilidad ni el comedimiento ni el interés por lo humano. Para los que son verdadera y firmemente buenos, la honra más hermosa es apreciar a alguien que lo merece, y el adorno más distinguido es dispensarle honores, cosa que nace de la abundancia de prestigio y de la ausencia de envidia. Pero los mezquinos en alabar a otros parece que incluso andan escasos y hambrientos de sus propias alabanzas.

Y a la inversa, el que, de modo contrario, no somete nada a juicio, sino que se pone en pie y vitorea cada palabra y cada sílaba, frívolo y ligero, muchas veces ni siquiera agrada a los mismos participantes en el debate y molesta siempre a los oyentes, espantándolos y

haciéndoles cambiar de opinión sin cordura, como si los arrastrara violentamente a estar de acuerdo con él por respeto. Sin haber obtenido provecho alguno por haberse dedicado a alborotar y agitar con sus alabanzas, se marcha llevándose una de estas tres cosas: haber parecido o bien sarcástico o bien adulador o una persona sin gusto en materia de discursos.

Cuando se está juzgando un pleito, hay que escuchar sin atender a enemistades o favores, sino solo al buen sentido, teniendo como objetivo la justicia, pero en las disertaciones eruditas ninguna ley ni juramento nos impide recibir con benevolencia al que habla. Por el contrario, también los antiguos pusieron a las musas junto a Hermes12 en la idea de que el discurso reclama la gracia y el atractivo; y tampoco es posible que el orador sea tan despreciable y esté tan equivocado que no ofrezca nada digno de elogio: ningún pensamiento ni ninguna alusión a otros ni el propio tema e intención del discurso y ni siquiera la elocución o la disposición de lo que dice, «igual que entre las aulagas y las ásperas gatuñas nacen flores de blandos alhelíes».

Cuando algunos, que declaman encomios del vómito, de la fiebre y, ¡por Zeus!, de la olla, no carecen de fiabilidad, ¿acaso un discurso elaborado por un hombre al que llaman filósofo —o que en algún sentido lo parece— no proporcionaría en absoluto un resquicio y una ocasión para la alabanza a los oyentes benévolos y compasivos? Como dice Platón13, en algún sentido todos en la juventud atraen al inclinado a la pasión amorosa, que los saluda y encuentra amables y les pone sobrenombres, llamando a los de piel blanca «hijos de los dioses», a los morenos «viriles», al de nariz ganchuda «regio», al chato «gracioso», al pálido «de color de miel»; y es que el amor, como la hiedra, es tremendo para abrazarse a cualquier excusa. Quien disfruta escuchando o le agradan los discursos será siempre mucho más capaz de hallar una razón cualquiera por la que le parecerá bien alabar, no sin razón, a cada uno de los oradores. Así Platón, que no alaba el discurso de Lisias por su novedad y le echa en cara su falta de orden, alaba, sin embargo, la forma de exponerlo y el que «cada una de las palabras esté torneada con claridad y rotundidad»14.

Se podría echar en cara a Arquíloco el tema, a Parménides la

versificación, a Focílides la vulgaridad, a Eurípides la locuacidad, a Sófocles la irregularidad; y lo mismo con los oradores: a uno no tener carácter, a otro ser lento en despertar la emoción, a otro la falta de gracia… Pero en cada uno se alaba su propia capacidad natural para conmover y seducir. De modo que los oyentes cuentan con abundancia y profusión de recursos para mostrar aprecio por los oradores: a algunos les basta, aunque no se lo testimoniemos mediante la voz, con que se les ofrezca amabilidad en la mirada, calma del rostro y una disposición benévola y serena.

Incluso con oradores que fracasan por completo hay algunas cosas que, como elementos generales y comunes, le son debidas a cualquier clase de escucha: sentarse sin encogerse ni reclinarse, en postura erguida, con la mirada en el que habla y en actitud de atención activa, y la compostura del rostro nítida, sin mostrar cólera ni aspereza ni tampoco otros pensamientos o preocupaciones. Igual que en toda tarea la belleza procede de muchos factores que vienen a darse en alguna ocasión gracias a cierta proporción y armonía mientras que la fealdad tiene su origen muy próximo con que falte o sobre un elemento cualquiera que, simplemente, está fuera de lugar, así también en el caso de la audición son cosas que merecen reconvención y deben ser evitadas, no solo la gravedad del ceño y el desagrado en el rostro y el desinterés en la mirada y la postura descuidada del cuerpo y la separación inapropiada de los muslos, sino también las señas y cuchicheos con otro, y la sonrisilla y los bostezos soñolientos, la vista baja y cualquier cosa que se parezca a estas.

# 14

## El orador merece el interés, el aprecio y la compostura de sus oyentes

OTROS CREEN QUE LA TAREA DEL ORADOR exige una dignidad, y la del oyente, ninguna; consideran que el primero ha de comparecer tras haber meditado y haberse preparado el discurso, mientras que ellos se lanzan a sentarse descuidados e irreflexivos sobre sus deberes, y van como a un banquete, despreocupadamente, a pasarlo bien mientras otros trabajan. Pero también al comensal educado y amable le corresponde una tarea, y mucho más al oyente, pues es partícipe en el discurso y colaborador de quien habla, y no le corresponde someter a examen las faltas, palabra por palabra y asunto por asunto, mientras que él falta a la compostura sin correctivo alguno y actúa incorrectamente contra la audición, sino que igual que al jugar a la pelota el que la recibe ha de desplazarse moviéndose de acuerdo con el que la tira, así también en el caso de los discursos hay cierta armonía entre el que habla y el que escucha, si cada uno de ellos atiende a su deber.

# 15

## Las disertaciones filosóficas no son espectáculos

TAMPOCO HAY QUE UTILIZAR DE CUALQUIER MANERA los términos de las alabanzas. Epicuro se muestra descontento respecto a las cartas de los amigos cuando dice que son «de ovación ruidosa». Estos son los que ahora introducen las palabras extranjeras en los auditorios y apostrofan: «¡Divinamente!», «¡Inspirado por los dioses!» y «¡No hay quien se le acerque!», como si ya no bastaran el «¡Bien!», «¡Sabiamente!» y el «¡Muy cierto!» que usaban como signo de alabanza los de los círculos de Platón, Sócrates e Hipérides15; esos son los que extreman su falta de modales y desacreditan a los oradores como si estos reclamaran alabanzas espléndidas y excesivas. Son muy desagradables también los que pronuncian las alabanzas con juramento, como los testimonios ante el tribunal, y no menos desagradables son los que se equivocan con relación a las cualidades cuando le gritan a un filósofo: «¡Qué chispa!», a un anciano: «¡Qué vigor!» o «¡Muy lucido!», transfiriendo a los filósofos expresiones de quienes participan en juegos o de quienes celebran certámenes escolares al aplicar a un discurso sensato alabanzas propias de camaradas, como si se pusiera a un atleta una corona de lirios o de rosas y no de laurel o de olivo. El poeta Eurípides, una vez que entonaba para sus coreutas cierto pasaje para el que había compuesto la música, cuando uno se echó a reír le dijo: «Si no fueras un desvergonzado y un ignorante, no te habrías reído de que yo cantara en modo mixolidio»16.

Un hombre de talante filosófico y valía ciudadana cortaría las blandenguerías de un oyente despistado diciéndole: «Me parece que tú eres un insensato y un grosero; de otro modo no habrías estado cuchicheando ni bailoteando mientras yo explicaba, amonestaba o

conversaba sobre los dioses, la política o el gobierno».

Mira, pues, qué clase de cosa es la alabanza cuando, por los gritos y alaridos de los de dentro, los de fuera no saben si es por un filósofo o por uno que toca la flauta o la cítara o baila.

# 16

## Ante las reprimendas del maestro, es necesario mantener la compostura

Y LAS AMONESTACIONES O REPRIMENDAS tampoco hay que escucharlas con indolencia ni con falta de vigor. Los que soportan con desenfado y desprecio ser reprendidos por los filósofos hasta el punto de burlarse cuando se les amonesta y alabar a quienes les hacen la amonestación —como hacen los gorrones con quienes les dan de comer cuando los desaprueban—, como son desvergonzados y arrogantes, con ello no dan muestra bonita ni veraz de su valor, sino de su desvergüenza. Soportar en algún juego sin enfadarse y con buen humor una burla inofensiva expresada con gracia no es de ineducados, sino de personas generosas y de franqueza espartana. Pero escuchar reproches y amonestaciones que usan el discurso como una medicina que escuece sin sentirse humillado y sin acalorarse ni turbarse, sin que el alma le arda a uno de bochorno, sino impasible y rechinando los dientes y respondiendo burlonamente, es propio de un joven terriblemente innoble e insensible al respeto, al que por causa de su continua costumbre de comportarse mal no se le hace cicatriz en el alma, como no se hace en la carne endurecida y encallecida.

Mientras que esos son así, los jóvenes que tienen la disposición opuesta, con que oigan que se les reprende una sola vez huyen sin mirar atrás y escapan de la filosofía a pesar de haber recibido de la naturaleza el respeto como un adecuado principio de salvación; se echan a perder por la molicie y la blandura, sin mantenerse firmes ante los reproches ni admitir con nobleza las rectificaciones, sino por el contrario volviendo los oídos a las compañías gratas y delicadas de aduladores o sofistas que les encantan con su lenguaje inútil y vano, pero grato.

Igual que el que después de una amputación rehúye al médico y no soporta los vendajes, sufre el dolor, pero no recibe la parte beneficiosa de la cura, así el que no se ha sometido a cicatrizar y recuperarse de su ignorancia gracias a un discurso que se la ampute y saje, abandona la filosofía, escocido y dolido pero sin salir beneficiado en absoluto. No solo, como dice Eurípides, la herida de Télefo «se alivia con raspaduras sacadas de una lanza», sino que también la propia palabra hiriente cura las escoceduras que la filosofía hace nacer en los bien dotados.

Por ello, el que es refutado debe asumir el sentimiento y notar cómo escuece, pero no descorazonarse ni desanimarse, sino que al comenzar su actividad filosófica soportando las primeras purificaciones y conmociones como en una ceremonia mistérica, debe esperar algo grato y brillante de la inquietud y alteración del momento; y si parece que el reproche se produce injustamente, es bueno que se contenga y persevere mientras el otro le habla, e ir a su encuentro cuando ha terminado, defendiéndose y pidiéndole que la franqueza esa y el tono que usa en ese momento los reserve para alguna conducta verdaderamente errónea.

# 17

## Alcanzar la virtud requiere perseverancia

ADEMÁS, IGUAL QUE EN LOS PRIMEROS aprendizajes, las letras y la lira y la palestra conllevan mucha confusión, esfuerzo e inseguridad, y luego, al avanzar poco a poco, como en la relación con las personas, se generan la costumbre y el conocimiento que hacen que todo sea familiar y manejable y fácil de decir y hacer, así también, aunque la filosofía tenga al principio en sus términos y materias, indudablemente, algo de embrollo y de desacostumbrado, uno no debe abandonar de modo pusilánime y tímido los primeros pasos por temor, sino resistir poniendo a prueba cada cosa y tomándole afición, y ansiando lo que viene después, y esperar a que llegue la costumbre, que hace grato todo lo hermoso. Vendrá sin tardar mucho, aportando mucha luz mediante el aprendizaje y dotando de un gran amor por la virtud, sin lo cual es de presuntuosos o de cobardes soportar el resto de la vida, una vez que uno se ha apartado de la filosofía por falta de coraje.

Quizá sus materias tienen al principio algo de incomprensible para los inexpertos y para los jóvenes. Pero a la vez van a dar en la mayor falta de certeza y en la mayor ignorancia por su propia culpa, cayendo en el mismo error desde naturalezas opuestas: unos, por vergüenza y por reserva ante el orador, por no atreverse a preguntar y asegurar con ello la comprensión del discurso, asienten como si lo hubieran captado. Otros, con el fin de hacer gala de agudeza y de capacidad para aprender fácilmente, por un ansia fuera de lugar y una rivalidad vacua con sus compañeros, asintiendo antes de haber podido comprenderlo, no lo captan. Luego, a los vergonzosos y callados les ocurre que, al marcharse, se lo reprochan a sí mismos y no saben qué hacer y, al final, impulsados por la necesidad, con una vergüenza aún mayor

molestan a los oradores con preguntas repetidas y corriendo detrás de ellos, mientras que los ambiciosos y osados, por su parte, tratan constantemente de tapar y ocultar la ignorancia que tienen en sí.

# 18

## El oyente debe escuchar movido por el deseo de aprender

ASÍ QUE, RECHAZANDO TODA ESA ESTUPIDEZ y fanfarronería, yendo a aprender y dedicándonos a captar mediante el raciocinio lo que se ha dicho útilmente, soportemos las risas de los que se creen bien dotados, como hicieron Cleantes y Jenócrates, que creyendo ser más lentos que sus compañeros de escuela no rehuyeron el aprendizaje ni se descorazonaron, sino que se apresuraron a hacer bromas sobre sí mismos, comparándose con vasijas de boca estrecha y tablillas de bronce, en el sentido de que les costaba entender lo que se decía, pero lo retenían con seguridad y firmeza. Y es que, como dice Focílides, no solo hay que «fallar muchas veces intentando destacar», sino que además muchas otras hay que ser objeto de burla y tener mala reputación y, tras ser objeto repetidamente de chanzas y bromas, seguir adelante con toda el alma y vencer a la ignorancia.

Y tampoco hemos de descuidar el error que lleva al extremo contrario en el que caen unos por lentitud de espíritu, que son desagradables y cansinos, que cuando están a solas no están dispuestos a tomarse molestias, pero se las causan al orador preguntando muchas veces sobre lo mismo, como pollitos que aún no vuelan, siempre con el pico abierto en busca de otra boca y pretendiendo constantemente obtenerlo todo preparado y elaborado por otros. Otro grupo, para cobrar fama de atentos y astutos donde no deben, agotan a los oradores con su locuacidad y su curiosidad impertinente, añadiendo continuamente nuevas dudas sobre temas triviales y buscando demostraciones para lo que no las necesita: «Así se vuelve largo un camino breve», como dice Sófocles17, y no solo para ellos, sino también para los demás.

Interrumpiendo a cada poco al que enseña con preguntas vanas y superfluas, como quienes coinciden en un viaje, obstaculizan la continuidad del aprendizaje, que necesita detenimiento y estudio detallado. Según Jerónimo, estos son como perrillos cobardes y pesados que en casa muerden las pieles y les arrancan el pelo a tirones, pero a los animales salvajes no los tocan nunca. A los perezosos esos les pedimos que cuando capten lo fundamental mediante el raciocinio, aten cabos de lo demás por sí mismos y dirijan con su memoria la investigación y, tomando el discurso ajeno como principio y simiente, lo alimenten y lo hagan crecer. Porque la mente no es como una vasija estrecha, que solo necesita llenarse, sino que más bien, como la madera, solo requiere una llama que prenda para crear impulsos descubridores y ansias de verdad.

Igual que si alguien le pidiera fuego a un vecino y luego, al verlo abundante y brillante, se quedara allí un tiempo disfrutándolo, así, si alguien yendo a participar de lo que dice otro, no cree que sea menester encender la propia luz y el propio entendimiento, sino que, deleitándose con la disertación, se sienta a disfrutar, se lleva solo la opinión que nace de las palabras, como el otro el color en la cara y el brillo alegre, pero la filosofía no ha disipado ni ha expulsado de su alma la podredumbre ni las tinieblas interiores.

**Corolario**

Y si falta alguna otra recomendación para escuchar disertaciones, es que hace falta también ejercitarse en recordar lo que acabamos de decir y en investigar el tema de la lección para no adquirir una mentalidad sofística o de mera acumulación de datos, sino filosófica y de hábitos íntimos en la consideración de que saber escuchar adecuadamente es el principio de una vida adecuada.

## SEGUNDA PARTE

# El arte de escuchar… a los demás

**DANIEL TUBAU**

Aristóteles, Platón, Cicerón y decenas de filósofos, oradores, sofistas y retóricos escribieron decenas de libros acerca de cómo se debe hablar, de cómo elaborar discursos convincentes, de cómo lograr ser elocuente y convencer a los demás. Incluso en el siglo XX, Dale Carnegie se hizo célebre con un bestseller titulado Cómo hablar en público.

Plutarco fue más original que todos ellos y prefirió escribir un libro dedicado a cómo debe el público escuchar, el cual hoy en día se sigue leyendo, incluso más que el de Carnegie.

Pero esta no fue la única ocasión en la que Plutarco y otros autores grecolatinos se interesaron por cómo debemos escuchar, no solo a los oradores sino a cualquier persona, y hay que reconocer que, si examinamos con atención la diferencia entre ver y escuchar, podemos descubrir una gran riqueza y algunas sorpresas.

**No solo se escucha a los oradores**

Como el lector habrá advertido, el asunto que se examina en el tratado de Plutarco no es el de cómo escuchar a los amigos, o cómo mantener una conversación respetuosa con los demás, sino el de cómo escuchar las conferencias y cómo escuchar a los oradores, y de manera específica a los filósofos.

En las traducciones al inglés, a menudo encontramos «How to listen the lectures» («Cómo escuchar las conferencias»). Ese lectures nos muestra bien a las claras no solo el origen latino de la palabra elegida para referirse a las conferencias, sino también su relación con los libros. En la Antigüedad, las conferencias eran lecturas en voz alta, y todavía lo son en muchas ocasiones, por más que pensemos que un buen conferenciante apenas debería guiarse por unas sencillas notas y no por una interminable ristra de folios o, lo que es peor, por unas diapositivas llenas de textos que lee con esmero. Si acudimos a una conferencia no es para escuchar algo que podríamos leer nosotros mismos, o incluso escuchar en un pódcast grabado, sino que tenemos la expectativa de asistir a un momento irrepetible, en el que el conferenciante contará en gran parte lo que ha previsto contar, por supuesto, pero también dejará espacio a la improvisación y a la magia del momento.

Como es obvio, en la época de Plutarco no se podían grabar los discursos y era difícil conseguir copias escritas, así que saber escuchar era incluso más importante que hoy en día. En definitiva, aunque muchos de los consejos que ofrece Plutarco en este ensayo se pueden aplicar a una conversación informal, a un debate o a una discusión, su intención es enseñar cómo se debe escuchar un discurso o una conferencia, es decir, una «lectura».

Si queremos conocer la opinión de Plutarco acerca de la escucha en las conversaciones, entonces debemos buscar en otros de sus escritos, en especial en sus Charlas de sobremesa, o en uno de sus ensayos más divertidos, Sobre la charlatanería, donde al hablar de los que se exceden en las conversaciones, insiste en lo necesario que es callar y, por supuesto, saber escuchar.

En esta breve incursión por las diversas maneras de escuchar, me detendré en algunos aspectos que no siempre tienen relación con las conferencias o piezas oratorias, desde las charlas con los amigos a la importancia de la escucha para la religión, su uso como terapia o incluso las profesiones que tienen el escuchar como su principal herramienta, así como a la diferencia, en lo que se refiere a la percepción, la emoción y el conocimiento, entre oír y escuchar frente a ver y mirar. Muchos de estos asuntos también interesaron a Plutarco, quizá porque es difícil encontrar algo hacia lo que no muestre interés en su amplísima obra.

## «El que no es inteligente ni se toma en serio el escuchar a otro, ese sí que es un hombre inútil».

HESÍODO

### La jerarquía de la escucha

Los filósofos griegos estaban muy acostumbrados a hablar, pero no tanto a escuchar: eso quedaba para los discípulos. En los Diálogos de Platón, Sócrates se dedica a escuchar lo que dicen los demás, pero es fácil descubrir que, se hable de lo que se hable, acaba llevando la discusión hacia ciertos asuntos que se repiten una y otra vez, como la tesis de que son los expertos los que tienen que dictaminar en cada cuestión lo que es correcto o adecuado, y de manera especial en la política, terreno en el que deben decidir los aristos (los mejores), que, como su nombre indica, se identifican con los aristócratas.

Cada uno tiene su función y a cada uno se respeta por aquello en lo que ha demostrado su maestría. Sócrates, precisamente, es el experto en hablar y, en consecuencia, aquel a quien se debe

escuchar, como nos dice el Plutarco en Consejos políticos:

Lo mismo que en los banquetes, aunque corran con los gastos Calías o Alcibíades, es Sócrates el escuchado y a Sócrates dirigen todos la mirada, así, en las ciudades sanas, Ismenias entrega donativos, Licas ofrece banquetes y Nicérato ejerce de corego18.

En el caso de la escucha, es cierto que también se puede ganar el respeto no por méritos evidentes, sino por la edad. Recordemos lo que dice Plutarco acerca de que el «mejor adorno» del joven es el silencio y que su actitud es ejemplar «si mientras escucha a otro no se excita ni se pone a aullar a cada palabra, sino que, aunque el discurso no le agrade mucho, lo soporta y espera a que termine el que habla»19.

Una excepción podría ser Augusto, quien, ya anciano, reclamó de manera elocuente su derecho a ser escuchado:

Al reprimir con dureza las costumbres y normas de los jóvenes, estos se alborotaron, y les dijo: «escuchad, jóvenes, a un viejo al que escuchaban los viejos cuando era joven»20.

Que un joven sea escuchado por los viejos era sin ninguna duda la mayor muestra de respeto.

Volviendo a la costumbre de Sócrates de derivar cualquier conversación hacia sus temas favoritos, como el mundo de las Formas, o la afirmación de que conocer es recordar (anamnesis), o el dictamen de que en cada situación en la que nos encontremos debemos seguir el juicio del experto, esto nos hace sospechar que Sócrates no está interesado en escuchar las opiniones de sus interlocutores, sino que cualquier asunto, dilema o enigma le sirve de excusa para exponer su doctrina. Ahora bien, la sospecha debe recaer sobre Platón, el autor de los diálogos. Platón apenas pudo

escuchar a Sócrates en su juventud, pero en sus diálogos nos transmite conversaciones que Sócrates mantuvo con filósofos, políticos o rapsodas, en ocasiones muchas décadas antes, como las que se recogen en diálogos como el Protágoras y el Parménides. Si preguntamos a los expertos, tal y como nos recomienda el Sócrates platónico, veremos que estos están de acuerdo en que casi todos los diálogos socráticos escritos por Platón están más cerca de la invención que del testimonio fiel. De hecho, Diógenes Laercio, el gran cronista de la filosofía antigua, cuenta que en una ocasión leyeron el Lisis de Platón a Sócrates, quien exclamó: «¡Por Heracles! ¡Qué montón de mentiras cuenta de mí este jovenzuelo!», pues «se decían allí cosas que Sócrates no había dicho nunca»21.

No resulta fácil saber cómo hablaba y cómo escuchaba el verdadero Sócrates, pero gracias al examen de los testimonios de quienes lo conocieron, como Jenofonte, que escribió unos Recuerdos socráticos y otros tres libros en los que el protagonista es Sócrates, o la única mención que se conserva escrita en vida de Sócrates, la de Aristófanes en Las nubes, así como los diversos fragmentos y testimonios de casi diez autores que escribieron diálogos socráticos, como Esquines o el cínico Antístenes, se nos permite concluir que Sócrates era sin duda alguna un gran parlanchín, dicho sea sin el matiz despectivo que le confiere Aristófanes, pero que es probable que fuera también un gran oyente, capaz de practicar una escucha atenta. El hecho de que diera origen a escuelas filosóficas tan diversas como la cínica, la platónica, la megárica y la cirenaica o hedonista, nos hace intuir que escuchaba a sus interlocutores, fueran quienes fueran, y que sus respuestas no eran dogmáticas, sino que practicaba, como se dice en el Teeteto, el arte de su madre, la mayeútica, es decir, ayudar en los partos. Sócrates ayudaba con sus preguntas a concebir o a dar a luz las ideas de aquellos a quienes escuchaba:

Mi madre y yo hemos recibido de Zeus este arte de los partos y lo practicamos, ella, con las mujeres, y yo, con los jóvenes de noble condición y con todos aquellos en los que pueda hallarse la belleza22.

Tal vez por este motivo, tras conocerlo y hablar en numerosas ocasiones con él, cada uno de ellos fundó una escuela en la que se mezclaban las ideas propias con una cierta influencia del filósofo ateniense. El poder inspirador de Sócrates a través de la escucha y las preguntas tal vez se parecía al de Momo, la gran escuchadora (pues la palabra «oyente», en este caso, se nos queda corta) de la que nos habla Michel Ende:

Lo que la pequeña Momo sabía hacer como nadie era escuchar. Eso no es nada especial, dirá, quizás, algún lector; cualquiera sabe escuchar. Pues eso es un error. Muy pocas personas saben escuchar de verdad. Y la manera en que sabía escuchar Momo era única. Momo sabía escuchar de tal manera que a la gente tonta se le ocurrían, de repente, ideas muy inteligentes… Sabía escuchar de tal manera que la gente perpleja o indecisa sabía muy bien, de repente, qué era lo que quería23.

**Maneras de escuchar en Grecia**

Cuando se habla del llamado «milagro griego», la explosión cultural que se produjo en Grecia, y si la atención se concentra en el teatro, la poesía, la oratoria y la filosofía, uno de los aspectos que más llaman la atención es las muchas maneras de discutir, de dialogar y de argumentar que emplearon los griegos. Es un aspecto sin duda importante y que no se puede subestimar, pero quizá convendría estudiar también más a fondo las diferentes maneras de escuchar que tenían los griegos, para lo que puede ser una magnífica introducción este Cómo escuchar de Plutarco.

Naturalmente, hablar y escuchar siempre vienen juntos, al menos en lo que se refiere al intercambio intelectual, o al placer que proporciona un discurso o una poesía. Si alguien habla en voz alta, se supone que otra persona tendrá que escuchar. En consecuencia, nos podemos preguntar si las diferentes maneras de discutir o dialogar exigen un tipo de escucha diferente, o bien si esas

diferentes maneras de hablar provocan reacciones diferentes en el oyente, ya sea que le permitan aprender mejor o peor, disfrutar más o menos, o participar en la investigación intelectual y colaborar en ella.

En los diálogos tempranos de Platón, «aquellos dedicados a ejercitar el ingenio»24, podemos observar que Sócrates intercambia el papel de hablante y oyente con su interlocutor y que los dos avanzan en armonía, a pesar de que, por lo general, no alcancen ninguna conclusión definitiva. Pero, a pesar de ello, el viaje intelectual ha valido la pena, pues los dos son ahora un poco más sabios, al descubrir que ciertas certezas que les parecían evidentes, no lo son tanto. Sin embargo, en la versión menos colaborativa de los diálogos, como en el Timeo o La república, el interlocutor se convierte en una excusa para avanzar hacia un objetivo, siguiendo una dirección trazada de antemano. El oyente se limita, por ejemplo Glaucón, a confirmar sin mucha discusión las ideas que Sócrates va presentando. Las respuestas de Glaucón: «así me lo parece», «sin duda es como dices», parecen tener la única intención de hacer que creamos asistir a un diálogo, cuando en realidad se trata de un monólogo.

Otras maneras de discutir, como la llamada dialéctica, tal como la practicaba Zenón de Elea con sus célebres paradojas, el propio Platón o Aristóteles, que dedica los Tópicos a su estudio, raramente necesita de un oyente, pues basta con enfrentar argumentos, a veces para refutar los opuestos o asentar los propios, otras para alcanzar una síntesis o una nueva explicación. Lo paradójico es que dialéctica significa «conversación», por lo que en su origen debió de ser una verdadera conversación a viva voz, aunque, según explica el filósofo Gilbert Ryle, con el tiempo se convirtió en una especie de juego o entrenamiento filosófico en el que había un «interrogador» y un «respondedor». El respondedor proponía una tesis y el interrogador, mediante preguntas que el otro debía contestar solo con «sí» o «no», tenía que llevar a su rival a una contradicción, un círculo vicioso o cualquier otro callejón sin salida. Como se ve, algo muy alejado de la escucha respetuosa a la que se refiere Plutarco.

Otras maneras de discutir, como las antilogías, la erística o la llamada argumentación sofística se acercan más a un ejercicio de

ingenio, lucimiento o polémica que a una conversación, a una conferencia o una lectura en la que quien habla pretende enseñar algo y quien escucha aprender.

Mencionaré tan solo otra manera más de discutir en la que una primera escucha atenta era muy necesaria. Se trata del método de la epojé o suspensión del juicio, que creó Arcesilao, sexto director de la Academia platónica, quien aseguraba haber recuperado la manera de dialogar de su admirado Sócrates, aunque probablemente la perfeccionó. Arcesilao primero escuchaba las razones de su interlocutor, sin interrumpirle en ningún momento, sin enredarle con preguntas capciosas ni desviarlo de su objetivo. Tras escuchar con mucha atención lo que el otro tenía que decir, procedía a buscar los fallos de la argumentación y poco a poco iba demoliendo la tesis expuesta, o al menos demostraba que no podía afirmarse de manera dogmática que fuera indiscutible. De este modo, la conclusión era la epojé o suspensión del juicio: rechazar una conclusión dogmática. Y según parece, tras escuchar y ser escuchado, Arcesilao concedía a su interlocutor la última palabra. Se dice que pocos tenían algo que añadir, excepto admitir que todo conocimiento es en última instancia dudoso y que sus dogmas se habían venido abajo.

Pero existía una manera de hablar y de escuchar que no era tan fácil de someter a métodos o reglas.

## «Es un abuso decirlo todo y no querer escuchar nada».

DEMÓCRITO

### Charlas de sobremesa, banquetes y simposios

En la actualidad, cuando pensamos en un simposio, nos imaginamos

a hombres y mujeres vestidos de manera bastante formal que imparten conferencias acerca de temas propios de especialistas. Si no pertenecemos al gremio o a la disciplina en cuestión, es difícil que nos apetezca asistir y escuchar lo que dicen.

Si, por el contrario, pensamos en un banquete, entonces imaginamos mesas colmadas de tentadoras y suculentas ofertas gastronómicas, vino a raudales, todo tipo de bebidas espirituosas y postres magníficos.

En fin, si hablamos de una charla de sobremesa, nos referimos a una reunión de amigos que conversan tras disfrutar de una comida, a veces abundante, otras frugal, debatiendo de manera ligera y gastándose bromas más o menos ingeniosas unos a otros.

Para los griegos, y en gran medida también para los romanos, un simposio podía referirse a cualquiera de las tres cosas. A pesar de que había que respetar ciertas reglas, no era tan formal como nuestros actuales simposios académicos, pero tampoco era lo que hoy entendemos como un banquete, o no siempre. Carlos García Gual define el simposio como «un tiempo dedicado a la bebida de vino y la charla entre los invitados después de la comida común»25.

Los banquetes o simposios aparecen en la literatura griega ya en la Ilíada y la Odisea, pero el más famoso, y más filosófico es el de Platón (El banquete); Jenofonte escribió su propio Banquete, en el que también participaba Sócrates, mientras que Plutarco escribió el imaginario El banquete de los siete sabios y las extensas Charlas de sobremesa (Simposiaca).

Lo interesante es que en estas Charlas de sobremesa, en las que Plutarco no solo es el narrador sino que también participa, las normas no pueden ni deben ser las mismas que las que ha ofrecido en Cómo escuchar o en Cómo el joven debe escuchar la poesía. En el simposio, banquete o charlas de sobremesa nos encontramos con una situación menos jerarquizada, en la que no se distingue claramente entre el que habla y el que escucha, sino que unos y otros adoptan alternativamente cada uno de los dos papeles.

Para que unos y otros se escucharan, en especial cuando la ingesta de vino empezaba a aumentar, en los simposios se establecían

ciertas reglas, pensadas para que los comensales no se comportaran como vulgares bebedores. Tras las libaciones a los dioses, y de manera especial a Dioniso, se nombraba a un rey del banquete o simposiarca, que tenía la misión no solo de ordenar la cantidad de agua con la que había que mezclar el vino, para no beber «a la escita», es decir, vino puro como los bárbaros, y poder mantener una conversación en la que, a pesar de tener un tono ligero, ello no impidiera tratar asuntos de cierta complejidad o enjundia. El amor en el Banquete de Platón y mil y un temas en las Charlas de sobremesa de Plutarco, desde la clásica pregunta acerca de si fue primero el huevo o la gallina, o si la carne se pudre más a la luna que al sol, si los judíos se abstienen de la carne de cerdo por veneración o por repugnancia, e incluso asuntos tan complejos como «por qué del vino lo mejor es lo del medio, del aceite lo de arriba y de la miel lo de abajo»26.

Los temas, en cualquier caso, deben adecuarse a la situación todo lo posible, es decir, a los invitados y a su estado de ánimo, de tal manera que, si no tienen temperamento filosófico o no les interesa el arte, se eviten o al menos se modere el tiempo dedicado a ellos. Precisamente, una de las preguntas que se plantea en estas charlas plutarquianas es si resulta adecuado hablar de filosofía en un simposio, algo que habría sido asombroso que se planteara, siquiera como discutible, nos dice García Gual, en tiempos de Platón y Jenofonte27.

También es importante que el simposiarca observe el estado etílico de los comensales, con el objetivo de poder estimar si están en condiciones de embarcarse en esta o aquella discusión. Siendo así, en la actualidad un buen simposiarca debería evitar que se hablara de política para evitar que los amigos acaben peleando, dado el dogmatismo de unos y otros en estos tiempos tan poco tolerantes con la opinión ajena, por ejemplo. En definitiva, para el simposiarca se trata de ser capaz de adaptarse a un continuo cambiar de contexto, reaccionar ante situaciones imprevistas, reconducir la conversación y levantar los ánimos cuando sea necesario. Pues desde luego, de nada sirve que alguien hable de cosas extraordinarias si nadie le escucha o le entiende.

Plutarco, para describir un simposio envidiable, recuerda aquella

ocasión que se cuenta en la Odisea en la que Helena de Troya, una vez terminada la guerra, recibió en su palacio de Esparta al joven Telémaco, que buscaba a su padre Ulises, quien, tras casi veinte años de ausencia, todavía no había regresado a Ítaca. Al recordar a aquel héroe, todos en el palacio, Telémaco, Helena y su esposo Menelao, son dominados por el llanto. Y es entonces cuando Helena, como una hábil simposiarca, derrama en el vino una droga del olvido llamada nepente, que trajo de Egipto. Y al beber este vino, todos recuperan la alegría y se escuchan unos a otros contar, emocionados y felices, las hazañas de Ulises. En este relato, sin embargo, hay algo que parece contradictorio: al principio todos lloran al recordar a Ulises, mientras que tras tomar la droga del olvido, todos son felices al escuchar esas mismas historias. Esa contradicción hizo pensar a Macrobio que la droga nepente no era una pócima traída de un lugar lejano, sino el arte de contar historias:

Si analizas detenidamente la oculta sabiduría de Homero, aquel calmante que Helena mezcló con el vino, que aplaca el dolor y la cólera y hace olvidar todos los males, no era una hierba, tampoco una droga de la India, sino la ocasión de introducir un relato, que haciendo olvidar al huésped la tristeza, lo encaminó a la alegría28.

Por eso se ha interpretado que el olvido que provoca la droga lo es solo del dolor y de la pena. Es el valor terapéutico de la escucha, del que hablaremos más adelante, en este caso al escuchar hermosas historias, arte en el que Helena era una verdadera maestra, pues los poetas dicen que en la Isla de los Bienaventurados ella y Aquiles todavía cuentan hermosas historias, y hay quien asegura que fue ella quien inspiró a Homero sus versos:

Helena, que había sido víctima del logos, de la palabra escuchada y persuasiva, de los relatos engañosos de un príncipe extranjero, es ahora quien emplea el logos para aliviar las penas, pues, como dice Macrobio, ese es el poder de los relatos: «A unos los estimulas si les

relatas ejemplos de valor, a otros de beneficios, a algunos de moderación». Y muchos, al escuchar esos relatos, «llegaron a enmendarse»29.

La neurociencia ha confirmado en gran parte las intuiciones de Macrobio y ha revelado que contar historias estimula la activación de hormonas como la oxitocina o las endorfinas, que, a su vez, despiertan sentimientos de empatía o entusiasmo: «Un veneno muy peligroso en manos de los demagogos, pero una medicina en manos de una mujer sabia»30.

**«Conviene que el que escucha esconda su sabiduría, si quiere estimular las palabras del tímido».**

AUSONIO

**Los deberes del oyente**

Aunque se puede leer un libro en un lugar atestado de gente o lleno de ruido, tráfico incesante o incluso molestas obras, es casi imposible escuchar a alguien entre gritos, jolgorio o barullo, o al menos lo era hasta que se inventaron los auriculares con cancelación de ruido.

El discurso sonoro precisa de atención y silencio. En una conferencia no solo se tiene que esforzar el que habla, construyendo un discurso coherente, sugerente e interesante, sino que también debe esforzarse el oyente. Aunque pueda parecerlo a simple vista, escuchar no es una actividad pasiva, sino activa. No solo por el propio beneficio del oyente, para una mejor instrucción, sino también para facilitarle las cosas al orador. Acerca del respeto que

deben tener quienes escuchan a un conferenciante, Plutarco recuerda una anécdota personal:

Una vez que estaba yo haciendo en Roma una lectura pública, aquel famoso Rústico, a quien después mató Domiciano por envidia de su fama, me estaba escuchando, cuando pasó por medio un soldado y le entregó una carta del emperador. Se hizo un silencio y yo me interrumpí, para que leyera la carta. Él no quiso, ni la desató antes de que yo terminara mi lectura y se disolviera el auditorio. Por tal razón admiraron la gravedad de este hombre31.

Nos queda la terrible duda de si el desprecio que Rústico mostró frente un mensaje del emperador pudo precipitar, junto a la envidia, la condena a muerte de este digno senador.

Plutarco insiste una y otra vez en los deberes del oyente, en la atención que debe prestar, en los gestos que conviene que haga, en las expresiones de su rostro. Incluso parece hacer una alusión a lo que hoy llamamos manspreading o despatarre:

Deben ser evitadas no solo la gravedad del ceño y el desagrado en el rostro y el desinterés en la mirada, como la postura descuidada del cuerpo y la separación inapropiada de los muslos32.

Por eso mismo, a pesar del tiempo trascurrido, muchos de los consejos de Plutarco siguen siendo útiles e interesantes en la actualidad, como por ejemplo el de que, en tanto que oyentes, debemos transmitir de manera elocuente, pero en silencio, que estamos pendientes de lo que nos dicen. Escuchar, nos dice Plutarco, es también mirar a quien habla atentamente.

Cuántos profesores que imparten sus enseñanzas a distancia a través de plataformas digitales no se han sentido un poco perdidos al no ver en su pantalla los rostros interesados de sus discípulos, sino un

mero recuadro oscuro o con suerte una fotografía del alumno. Es como hablar con una pared, teniendo además de forma constante la sospecha de que, para esos alumnos que ocultan sus rostros y sus gestos, nos hemos convertido tan solo en un ruido de fondo y que representamos una versión digital de la canción de Françoise Hardy33:

Y yo hablo y hablo

Pero cuando es su turno

O bien no dice nada

O responde fuera de lugar.

Él es mi muro de piedra

Yo soy su ruido de fondo.

Nada más y nada menos que Jorge Luis Borges afirmó que se enorgullecía, no de lo que había escrito, sino de lo que había leído. Un romano o un griego sin duda podría decir: «Me enorgullezco de lo que he escuchado», en especial si había tenido el privilegio de escuchar a Sócrates, a Arcesilao, a Carnéades, a Pirrón de Elis… y a tantos otros filósofos que no escribieron, sino que únicamente hablaron. Plutarco añadiría: «Y yo me enorgullezco no solo de haber escuchado, sino de haber sido un buen oyente». Y para aprender a ser un buen oyente, nada mejor que leer este Cómo escuchar del filósofo.

## «Muchas veces me he arrepentido de hablar, pero nunca de callarme».

SEMÓNIDES DE CEOS

**Respetar al orador**

«En las disertaciones eruditas ninguna ley ni juramento nos impide recibir con benevolencia al que habla».

Plutarco, Cómo escuchar

Es evidente que la disposición con la que acudimos a una conferencia, o con la que escuchamos un discurso, influirá de manera casi decisiva en nuestra opinión acerca del mismo y en los beneficios que podamos obtener de la escucha. Como decía Oscar Wilde, refiriéndose a la obra de arte, lo primero que debemos hacer es entregarnos sin restricción al orador, intentar aprender, buscar todo lo bueno, y después, sin despreciar lo que hemos aprendido, podremos ejercer el juicio crítico, como ya hemos visto que también aconseja Plutarco.

Tampoco, sin embargo, debemos caer en el extremo contrario y ser dominados por el entusiasmo, aplaudir sin ton ni son, como si estuviéramos en un espectáculo «y no en una escuela y un lugar de enseñanza»34.

Esa es la difícil tarea del oyente: escuchar con interés y humildad, pero, al mismo tiempo, no abandonar por completo el examen de lo que se escucha. Probablemente, Plutarco estaría de acuerdo en que lo más conveniente es aplicar el consejo de los escépticos y suspender el juicio (epojé), al menos hasta que termine la conferencia. No sería mala idea que tantos opinadores que tienen ya la respuesta antes de escuchar se aplicaran estas normas, pues:

Es pesado y molesto el oyente al que no le conmueve ni le interesa nada de lo que se dice, lleno de presunción hipócrita y de íntima

jactancia, como si pudiera decir algo mejor que lo que ya se ha dicho35.

Resulta curioso que Plutarco no cite en apoyo de su opinión uno de los pasajes homéricos en los que más claramente se expresa la idea de respetar al orador, y en el que, al mismo tiempo, se señala la dificultad de hablar y ser escuchado en público. Sucede cuando el general Agamenón agradece a Aquiles haber aplacado su ira. Avergonzándose un poco por tomar la palabra cuando todavía Aquiles no parece haber terminado de hablar, dice sin levantarse del asiento:

Bueno es prestar oídos al que se pone en pie para hablar, y no conviene interrumpirlo, pues entonces hablar resulta imposible incluso para alguien experimentado, y entre una muchedumbre tan grande de hombres, ¿cómo podría nadie hablar o escuchar? Sin duda el orador se turbaría, por elocuente que fuera36.

Lo que nos lleva, inevitablemente, a reconocer la importancia del silencio.

**Elogio del silencio**

En el catálogo de las obras de Plutarco aparece una con el título El silencio. Aunque se ha perdido, se supone que este silencio tenía mucha relación con la acción de escuchar, que no consiste tan solo en prestar atención a quien habla, sino también en no hablar cuando es innecesario. Plutarco cita en Sobre la charlatanería una frase de Eurípides: «Hijo, calla. El silencio tiene muchas cosas bellas», y añade enseguida: «Y dos son las primeras y principales, el oír y el ser oído, de las cuales a los charlatanes les ocurre no tomar parte en ninguna de las dos»37.

Recuerda entonces dos sabrosas anécdotas protagonizadas por Aristóteles. En la primera, el gran filósofo está siendo importunado por un charlatán que le cuenta historias disparatadas una tras otra. Cuando el hombre acaba por repetir una y otra vez: «¿No es asombroso, Aristóteles?», este le replica: «No es eso lo asombroso, sino que alguien sobre dos pies te soporte».

En la segunda anécdota, otro charlatán, tal vez dándose cuenta de que había estado hablando sin parar, pregunta por fin: «Te he cansado con mi charla, filósofo», a lo que Aristóteles responde: «No, por Zeus, porque no te prestaba atención».

El silencio, nos dice Plutarco, es lo que más se echa de menos cuando nos encontramos con un charlatán, con esas personas que no solo no escuchan, sino que tampoco dejan de hablar:

Penosa y difícil es para la filosofía la curación de la charlatanería. Pues su remedio, la palabra, es propio de quienes escuchan, pero los charlatanes no escuchan a nadie porque siempre están parloteando38.

Los charlatanes aplican «una sordera voluntaria» cuando es otro el que habla, nos dice Plutarco, porque les gustaría «invertir el sabio decreto de la naturaleza de darnos dos orejas y una sola lengua y preferirían tener dos lenguas»39.

Los malos oyentes, en definitiva, son como jarros agujereados que no pueden retener lo que se echa en ellos, es decir, las palabras del orador, el amigo o el consejero. Como diríamos aquí: «Por una oreja les entra y por la otra les sale».

Por eso, la maldición que llevan allá donde van los charlatanes se vuelve contra ellos, pues, al verlos acercarse, todos les huyen, y allí no la lengua ni las orejas, sino «los pies son lo más preciado»40.

Por fortuna, concluye Plutarco, las personas sensatas son capaces de aislar de alguna manera su alma para ocuparse de asuntos

importantes, a pesar de hallarse sumergidas en un ambiente ruidoso o a merced de un charlatán. Quizá sea por eso mismo por lo que muchos escritores son capaces de escribir en ambientes bulliciosos y ruidosos, como un bar o un tren, incluso mejor que en un ambiente silencioso, quizá porque esos sonidos de fondo hacen las veces de eso que se llama ruido gris, saturando los sentidos y evitando, como diría McLuhan, que nuestra mente busque nuevos estímulos, como puede suceder en un ambiente silencioso, en el que, paradójicamente, podemos distraernos. Otros escritores emplean música o algún sonido repetitivo para concentrarse. La única excepción quizá sea la dificultad para escribir cuando hay cerca personas que hablan por teléfono. No sé cuál es la causa, pero sospecho que se debe a que, al contrario que con el ruido de las charlas cotidianas, cuando llega a nosotros una conversación de la que solo podemos oír a una de las partes, nuestra mente intenta inevitablemente resolver el enigma y adivinar qué es lo que está diciendo la otra persona, es decir, dar sentido a esa conversación escuchada a medias.

**«Incapaces de comprender tras escuchar, se asemejan a sordos; de ellos da testimonio el proverbio: aunque están presentes, están ausentes».**

HERÁCLITO

**La palabra que nadie escucha**

En la disputa entre escuchar y ver, Drew A. Hyland41 señala un aspecto muy interesante. Para el filósofo Heráclito, la búsqueda de la verdad no llega a través de la visión, como sucede con las Formas de Platón que contemplamos en el Mundo de las Ideas, sino a través del oído, de la escucha, del logos o palabra hablada. No es extraño,

puesto que el sonido es algo que penetra completamente en nosotros, mientras que el objeto visto parece quedarse ahí fuera, separado, como también queda fuera de nosotros el objeto que tocamos. Por eso hablamos de la conciencia como una voz que se escucha dentro de nosotros. La voz de la conciencia. Quizá por eso los profetas, a los que paradójicamente se llama videntes, son casi siempre ciegos y no ven, sino que escuchan a los dioses.

La palabra hablada, quizá por su poder penetrante, parece más capaz de crear y fecundar, como el logos que pronuncia el dios de los judíos, que es una palabra hablada, no escrita: «Y Dios dijo: "Hágase la luz"». ¿Logos hablado para que lo escuche quién? Nadie. Un logos sin oyente.

Los cristianos, ya en una época en la que la escritura y los libros eran más accesibles, añadieron a su Nuevo Testamento las epístolas, aunque siguieron insistiendo en la importancia de la palabra hablada, puesto que los Evangelios son la transcripción de las palabras escuchadas a Jesucristo, y por eso a menudo el profeta repite la frase «el que tenga oídos para oír, que oiga», que era la manera de referirse a los discípulos en la cultura grecolatina: «los que escuchan». De Jesucristo se sabe que escribió en una ocasión, en el episodio de la mujer adúltera. No sabemos qué es lo que escribió y enseguida borró en la arena, pero parece que fue suficiente para que todos siguieran su advertencia: «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra». La virgen María también escuchó la palabra divina, y por eso San Agustín dice aquello tan curioso de que Jesucristo fue concebido a través de las orejas, pues esa fue la puerta de entrada del logos o palabra divina en una virgen.

Para los musulmanes, sin embargo, el Corán es un libro, no un discurso oral de Dios, es algo que no se escucha, sino que se lee, que está escrito, aunque el propio Dios, a través del arcángel Gabriel se lo dictó primero de viva voz a Mahoma.

**La religión de la escucha**

Los lectores de este libro sin duda estarán de acuerdo en que uno de los problemas de nuestro tiempo es que se habla mucho, pero se escucha poco.

Es indudable que eso sucede hoy en día. Lo que no es cierto es que se trate de una característica exclusiva de nuestra época, ya que no somos muy originales en esta doble afición a la palabrería y la sordera. Los lamentos por el poco escuchar y el mucho hablar ya se encuentran en las antiguas culturas de Mesopotamia, dos mil años antes de nuestra era. En el mito de Atraharsis, los dioses desencadenan el Diluvio universal porque no pueden soportar el continuo parloteo de los seres humanos, que no les deja descansar ni un momento. El dios bíblico también tiene problemas con el incesante hablar de los hombres y no se conforma con provocar otro diluvio (¿o quizá es el mismo de Atraharsis?), sino que también destruye la torre de Babel para confundir las lenguas, es decir, para crearlas, a partir de la lengua común que entonces hablaban todos. No cabe duda de que la cólera divina empeoró el entendimiento entre los seres humanos, puesto que ya resulta difícil ponerse de acuerdo incluso cuando se posee una misma lengua.

A pesar de estos ejemplos que muestran la poca disposición de los dioses a escuchar a los seres humanos, también encontramos lo contrario, como todos esos momentos en la Ilíada y la Odisea en los que los héroes hablan en voz alta con los dioses para pedirles su ayuda o su consejo. En la Ilíada, Ulises se dirige a Atenea: «Óyeme, hija de Zeus!», y a continuación también lo hace Diomedes: «¡Óyeme ahora también a mí, hija de Zeus, indómita!».

En aquellos tiempos los dioses estaban atentos a las plegarias de los hombres y cumplían sus deseos rápidamente, como cuando, de nuevo Ulises, le pide a Atenea que le permita ganar la carrera a Áyax:

«¡Óyeme, diosa, y ven favorable a dar auxilio a mis pies!».

Así habló en su plegaria, Palas Atenea atendió su ruego y volvió ágiles sus miembros, tanto sus piernas como, por arriba, sus brazos42.

Helena también habla e incluso discute con Afrodita, Glauco con Apolo y Aquiles con la diosa Tetis, que es también su madre. Será Tetis quien ruegue a Zeus que la escuche, abrazándose a sus rodillas, como era costumbre en los suplicantes, para transmitirle las inquietudes de su hijo y pedir al padre de los dioses que le conceda, ya que no puede ser la inmortalidad o sobrevivir a la guerra, al menos una muerte tan digna que sea recordada por las futuras generaciones. Es decir, que se escuche hablar de él, asunto de importancia vital del que me ocuparé más adelante.

En conclusión, no solo los griegos, sino todas las religiones, han reservado un lugar trascendental a la escucha. Ahora bien, ya que desde hace siglos no resulta tan fácil escuchar a los dioses como en tiempos de los griegos o de Moisés, los sacerdotes y religiosos de los diversos cultos e iglesias al menos se han preocupado de garantizar de alguna manera que los dioses sí que nos escuchan a nosotros.

Es costumbre representar a Buddha con gigantescas orejas, que suelen explicarse como una representación de su sabiduría, por escuchar más que hablar. Algo parecido a lo que nos dice Plutarco y que se ha dicho que tiene relación con la costumbre de estirar los lóbulos de las orejas a quienes cumplen años:

Muchos, cuando hacen carantoñas a los niños, les tocan las orejas y les mandan que hagan ellos también eso mismo, dando a entender con esa broma que hemos de querer sobre todo a los que nos benefician por medio del oído43.

Lamentablemente, en el caso budista se trata de un falso amigo iconográfico, porque parece que sus orejas alargadas aluden a su vida como príncipe, cuando llevaba pesadas joyas que alargaron sus lóbulos.

Curiosamente, Plutarco se refiere en otro de sus libros a una representación que contradice la idea del dios que escucha:

En Creta había una estatua de Zeus sin orejas; pues no es propio del rey y señor de todo escuchar a nadie44.

Como en el caso del Buddha de orejas largas, se cree que la información que recibió Plutarco es errónea y que se trataba de estatuas que habían perdido las orejas debido al paso del tiempo.

La que sí parece correcta es la interpretación que hace Plinio el viejo acerca de las estelas y amuletos egipcios en los que se pintaban o tallaban orejas, como símbolo del dios que escucha a los suplicantes, como en el templo de Karnak conocido como el de «Amón el de la oreja que escucha» o «el que escucha las plegarias».

El cristianismo convirtió la escucha en la esencia misma de la relación entre los religiosos y los fieles, al instaurar la confesión. Los fieles tenían que contarle a otra persona los secretos más íntimos de sus actos y de su conciencia, pues la intención era que revelasen sus pecados. La idea detrás de este rito era que mediante el intermediario que escuchaba la confesión, Dios también la escuchaba y que, de este modo, de nuevo a través del intermediario, que hablaba «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu santo», Dios podía perdonar al pecador, tras imponerle una penitencia. No se entiende muy bien por qué se necesitaba un intermediario y por qué no se puede hablar directamente con Dios, quien, además, se supone que ya conoce los pecados sin necesidad de que sean pronunciados en voz alta y escuchados por un cura, del mismo modo que no se entiende el caso de aquella monja que le dijo a Bertrand Russell que siempre se duchaba con una camisola, para que el buen Dios no la viera desnuda, como si una simple tela pudiera interponerse en la percepción de «aquel que todo lo ve y todo lo oye». Pero este tipo de misterios abundan en las religiones.

**La palabra creadora**

Hay que admitir que los hebreos superaron a los griegos en la conexión entre la verdad y el escuchar, pues ya hemos visto que el universo fue creado mediante una palabra pronunciada en voz alta por Dios: «Hágase la luz».

Ahora bien, ya lo preguntamos antes: ¿escuchada por quién? Si Wittgenstein tiene razón y no puede existir un lenguaje privado, entonces esa palabra de Dios era una orden que alguien debió cumplir, tal vez los ángeles, entre ellos Lucifer («el portador de la luz»), tal vez otros dioses, confirmando la sospecha de que el dios de los judíos era uno más entre otros dioses, aunque sin duda ocupaba el lugar supremo, como Zeus entre los griegos. Algo que confirma el sentido plural de uno de sus nombres, Elohim. Sea como sea, queda claro que, para los hebreos, al menos desde que adoptaron el monoteísmo, primero fue la escucha («Hágase la luz») y solo después la visión («y la luz se hizo»).

No deja de resultar curioso que, al contrario de lo que sucede con el rayo y el trueno, para la teología judía y cristiana sea primero el sonido y solo más tarde la imagen. Que el sonido, con su ridícula velocidad de 343 metros por segundo, se anticipe y anuncie la luz, que viaja a la mayor velocidad conocida, 300.000 metros por segundo. Aunque, claro, todavía no había nadie allí para escuchar y solo después contemplar este prodigio.

El ejemplo más curioso de la importancia que los cristianos dieron a la escucha, frente a la revelación visual, es el nacimiento de Jesucristo, el hijo de Dios, que fue concebido por el sonido, por el logos divino que penetró en una virgen, no por el conducto habitual, sino por las orejas y el oído, gracias al logos escuchado, como, siguiendo a San Agustín, nos revela San Bernardo de Claraval:

Hágase en mí según tu palabra. Hágase en mí por el Verbo según tu promesa. Hágase carne de mi carne según tu palabra, la Palabra que ya existía al principio en Dios45.

Regresando a los griegos, quizá no sea casualidad que Platón proponga una verdad que no se revela a través de la escucha, sino de la visión. Podría tratarse de un ejemplo más de su animadversión hacia los poetas, pues Platón nos propone la fábula de la caverna, en la que los cautivos ven sombras proyectadas en la pared por titiriteros que mueven marionetas a sus espaldas. Y cuando uno de los cautivos se libera, no descubre la verdad al escuchar una voz divina, como Parménides o los poetas, sino que ve esa verdad, pues al salir de la caverna, y tras acostumbrarse a la luz cegadora del mundo exterior, contempla la realidad. Tampoco es casualidad que en el Mundo de los Arquetipos o formas las almas vean los modelos perfectos de todas las cosas.

Eso sí, tanto en los hebreos como en los griegos encontramos ese oscilar entre la verdad que se escucha y la verdad que se ve, pues Agustín no puede resistirse a cristianizar el mito de la caverna en su Ciudad de Dios, haciendo que el cautivo vea la verdad de Dios.

**Ver la verdad, escuchar la verdad**

Marshall McLuhan dijo que en el siglo XX dejamos atrás la cultura escrita, la de la imprenta o Galaxia Gutenberg, y que entramos en la Galaxia Marconi o audiovisual, por lo que es inevitable que concedamos más importancia al poder de las imágenes que al de los sonidos. Hoy en día, tenemos tendencia a privilegiar el ojo y la visión frente al oído y la audición. No sucedía lo mismo en la antigua Grecia ni en Roma, que fueron culturas eminentemente orales. Es costumbre interpretar la expresión Verba volant, scripta manent («Las palabras vuelan, las escrituras permanecen»), como un elogio de la escritura que, frente a la volatilidad efímera de la palabra hablada, permanece. O en español cotidiano: «Lo escrito, escrito está, y las palabras se las lleva el viento». Tal vez esa era la intención del senador romano al que se le atribuye la frase, un tal Cayo Tito, pero otros pensadores interpretaban de manera diferente la dicotomía entre lo hablado y lo escrito. En el Fedro, Platón nos dice que lo escrito permanece siempre idéntico a sí mismo, es decir, que está muerto, mientras que lo hablado vuela, está vivo, cambia y

se adapta a las circunstancias, mientras que las palabras escritas están muertas. De nuevo, la importancia de escuchar.

En el mundo grecolatino, y probablemente en todas las culturas antiguas, quizá con la excepción de China, el uso de la palabra era casi exclusivamente oral, incluso cuando esas palabras estaban escritas. Ya hemos visto que Plutarco declara en Cómo escuchar que ha convertido en texto escrito lo que era una disertación oral, que Nicandro podrá leer. Ahora bien, las charlas, las conferencias, los discursos e incluso las lecturas que uno llevaba a cabo en la intimidad se hacían en voz alta. Se conservan varias anécdotas acerca de la sorpresa que causaba que algunos filósofos, como Aristóteles, o el conquistador Alejandro Magno, o incluso Agustín de Hipona, ya en el siglo VI de nuestra era, leyeran sin mover los labios, es decir, sin necesidad de pronunciar las palabras.

En cualquier caso, todos los consejos que ofrece Plutarco acerca de cómo se debe escuchar sirven también para los lectores que se enfrentan a un libro, pues, como ya se ha dicho, en época de Plutarco las conferencias eran casi siempre lecturas y los libros se escuchaban:

Llegaron Sócrates y otros más que estaban con él y que querían escuchar el libro de Zenón, ya que este llegaba por allí por primera vez… Y el mismo Zenón lo leyó46.

En definitiva, Plutarco pretende enseñarnos no solo cómo se debe escuchar, sino también cómo se debe leer.

**La escucha como arcaísmo**

En este mundo digital en el que habitamos en nuestro acelerado siglo XXI, conservamos arcaísmos propios de aquella galaxia Gutenberg, es decir, de la época de la escritura, como cuando

decimos: «pasar página», «como dije más arriba», «se abre un nuevo capítulo», «el libro de la naturaleza», «leer un rostro» o «páginas atrás». Algunas de estas expresiones no proceden de la época de la imprenta o los manuscritos medievales, sino de una anterior, la de los papiros, es decir, la de Plutarco, pues «como dije más arriba», se puede aplicar a un rollo, pero no a un libro, excepto si se trata de la misma página.

En la época grecolatina, incluso cuando ya la lectura en silencio (es decir sin escuchar a alguien o a uno mismo pronunciando lo escrito en voz alta), también se conservaban arcaísmos procedentes de la época puramente oral, todavía cercana y en gran parte presente, pues eran muchos los iletrados, hasta el punto de que la denominación para tal cosa no era iletrado o analfabeto, sino algo así como no-oyente, es decir, aquella persona que no había escuchado a poetas y oradores.

Quizá una de las diferencias más interesantes entre la cultura oral y la escrita es que mediante la transmisión oral resulta más difícil establecer dogmas que cuando esas ideas se pueden escribir, pues como dice el célebre dicho que ya hemos mencionado, lo escrito permanece. Resulta difícil encontrar preceptos dogmáticos transmitidos oralmente durante siglos, más allá de ciertas prohibiciones o recomendaciones sencillas, pero es muy fácil encontrar religiones en extremo dogmáticas que remiten a un texto escrito, ya se trate de la Torá judía, la Biblia cristiana, el Corán musulmán o incluso los Vedas de la India.

Aunque es dudoso que los textos escritos no sufran modificaciones a lo largo del tiempo, es obvio que, si no existe una intención de manipulación, cambian menos que los que son transmitidos solo de viva voz. En las culturas orales, en cualquier caso, el papel asignado a la memoria y los métodos para mejorarla y ponerla a prueba siempre fueron importantísimos. Todos ellos dependen de una primera escucha y, por eso, quien contaba una historia o anécdota tenía que decir a quién se la había escuchado, del mismo modo que hoy en día citamos el libro del que extraemos una cita. En el diálogo de Platón Parménides, un tal Céfalo cuenta que tiempo atrás conoció en Atenas a Antifonte, quien le contó que, más atrás en el tiempo, su amigo Pitodoro le había contado las conversaciones

que había escuchado entre Sócrates, Parménides y Zenón de Elea. Es decir, que lo que estamos leyendo es un testimonio de cuarta mano, puesto que a Pitodoro, Antifonte y Céfalo debemos añadir a Platón, que es quien escribe lo que Céfalo cuenta. Cualquiera que haya participado en el juego del teléfono roto sabe de la dificultad de transmitir con fidelidad una frase medianamente compleja que hemos escuchado de otro de los participantes, así que imaginemos lo que implicaba recordar el complejísimo diálogo que mantuvieron Sócrates, Zenón y Parménides muchos años atrás. Incluso en aquella sociedad en la que era costumbre transmitir un conocimiento escuchado, pero no conservado por escrito, los primeros interlocutores del diálogo de Platón se sienten obligados a dar más verosimilitud a ese recuerdo y aseguran que Antifonte «ha pasado y repasado» aquellas conversaciones «desde su primera juventud».

A pesar de la llegada y de la cada vez mayor extensión de la escritura, todavía se empleaba «escuchar» para referirse a un libro que se leyera:

En época de Plutarco se puede decir que existía ya la lectura en silencio de los libros, pero para expresarlo se seguía utilizando, al parecer, el verbo akoúo que significa «oír, escuchar», lo que se dice o recita en alta voz47.

Es por ello que los traductores de Sobre cómo debe el joven escuchar la poesía prefieren traducir el verbo akouo como «escuchar» aunque se refiera a obras escritas, para conservar «el carácter mixto que debió de expresar todavía el vocablo griego», pues la poesía, aunque también se leyera en voz baja, sin duda todavía se escuchaba y se leía en voz alta.

El paso de la cultura sonora, de la oralidad y la escucha a lo visual, es decir, la escritura, tuvo una importancia decisiva en Grecia, como demuestra de manera elocuente ya desde el mismo título el libro de Eric Havelock La musa aprende a escribir, aunque ese conflicto entre la sabiduría oral y la escrita se muestra con más claridad en otro de sus libros: Prefacio a Platón.

A finales del siglo XIX empezamos a abandonar la cultura visual de la escritura y entramos, desde la invención de la radio, en una cultura en parte de nuevo oral; pero, con el cine mudo ganó importancia de nuevo lo visual, hasta que, con el cine sonoro y la televisión, se transformó fundamentalmente en audiovisual. Además, de manera paradójica, hemos descubierto que lo oral, la palabra hablada, permanece como las palabras escritas, gracias a los diversos modos de grabación y las posibilidades inmensas del medio digital y la inteligencia artificial que nos permiten convertir lo visual en sonido y lo sonoro en imagen, es decir, la voz en escritura y a la inversa. Eso nos obliga a buscar una nueva formulación de la expresión clásica, algo así como «Bitia volant et manent», que podríamos traducir por «Los bits vuelan y permanecen».

## «Gasta el tiempo libre que tengas en tu vida en escuchar discursos; así te resultará fácil aprender lo que otros descubrieron con dificultad».

ISÓCRATES

**Escuchar es aprender**

Cuando alguien es incapaz de escuchar a los demás, eso lleva aparejada una reducción inevitable de su capacidad de aprendizaje, pues a través de los oídos (y también de la lectura sosegada, por supuesto) es como podemos descubrir nuestros errores. Si no sabemos escuchar, si juzgamos sin antes entender, entonces nos puede pasar lo que a aquel profesor alemán que quiso aprender lo que era el zen y que visitó a un maestro japonés llamado Nan-In. El maestro comenzó a contarle cosas, pero el alemán todo lo interpretaba en función de sus propias concepciones, como aquellos turistas que siempre comparan los edificios, comidas o costumbres

con otros de su propia tierra. En un momento dado, el maestro le preguntó al profesor si quería un poco más de té, a lo que el alemán dijo que sí. Entonces el maestro Nan-In empezó a verter té en el cuenco del profesor, pero siguió vertiéndolo a pesar de que el té ya desbordaba la taza y se deslizaba por la mesa, ante lo que el profesor gritó:

— El bol ya está lleno. Se derrama... ¡Ya no cabe más té!

Y Nan-In le contestó:

— Su mente es como este bol. Está llena de opiniones y de especulaciones. ¿Cómo pretende entender el zen, si antes no vacía el bol de su mente?48.

Otro maestro zen, Taisen Deshimaru, al darse cuenta de que muchas personas no escuchan con interés cuando lo que se dice no coincide con sus ideas, confesaba que había aprendido a hablar a cada persona en su propio estilo, en su juego de lenguaje, que diría Wittgenstein. Si a un discípulo le gustaba la ciencia, entonces empleaba razonamientos empíricos y deductivos, o le explicaba los resultados de un reciente experimento acerca de las ondas cerebrales en relación con la meditación; pero si el discípulo tenía querencias místicas, entonces le proponía metáforas de tipo más abstracto y poético. A quien le gustaba lo práctico y directo, le daba un consejo para corregir su postura en el tatami y no sentir dolor en las articulaciones, y a quien quería encontrar un sentido para su vida le contaba alguna anécdota de un novicio que logró salir de la depresión gracias a la meditación.

El maestro chino Confucio y el judío Jesucristo también advierten el error de tomar por cierto todo lo que escuchamos, y nos advierten de que la observación debe verificar lo escuchado. Confucio dijo: «Hubo un tiempo en que solía escuchar lo que los demás decían y creía que actuarían conforme a sus palabras, pero ahora escucho lo que dicen y observo lo que hacen»49. Por su parte, Jesucristo dijo: «Por sus obras los conoceréis»50.

**Escuchar como terapia**

En el siglo XX, el confesionario católico fue sustituido por el diván del psicoanalista. Del mismo modo que se visitan los confesionarios famosos, como el de Santa Teresa en el Real Monasterio de Santo Tomás de Ávila, en Viena también puede verse el diván en el que Sigmund Freud tumbaba a sus pacientes.

La propuesta del diván tuvo un éxito inmediato, y tal vez inesperado incluso para el propio Freud. El psicoanalista no solo imitaba a los curas al hacer pocas preguntas y escuchar mucho, sino que mantenía también cierta distancia, dando al paciente o consultante una sensación de cierta libertad e intimidad. El cura a través de la celosía, el psicoanalista mirando en otra dirección y solo de vez en cuando al paciente. Son muchas las anécdotas acerca de psicoanalistas que dormitan mientras sus pacientes cuentan sus inquietudes y es muy probable que muchos de ellos no hayan cumplido los requisitos mínimos de lo que Plutarco considera una escucha atenta.

Aunque oficialmente los psicoanalistas no piden a sus pacientes que les cuenten sus pecados, al fin y al cabo, buscan algo parecido, aunque lo expliquen diciendo que lo que quieren es descubrir el trauma psíquico original, que no se produce a causa de la herencia del pecado de nuestros primeros padres Adán y Eva, es decir, en el remoto pasado de la especie, sino que se debe encontrar en el pasado del individuo, y de preferencia en la infancia. A pesar de alejarse del judaísmo y de toda religión y declararse ateo, Freud siempre se sintió fascinado por la noción de pecado y redención.

Woody Allen y David Chase, el creador de la serie Los Soprano, admiten que sus sesiones con un terapeuta quizá no los han llevado a superar sus traumas, pero que sí les han ayudado mucho en su carrera como guionistas. No hay nada mejor que tener a alguien que te escuche, o que finja escucharte, para descubrir que tienes muchas cosas que contar, en las calles de Atenas con Sócrates, en el diván o en el confesionario.

# «Escucharé al acusador y al acusado, de modo igual a los dos».

JURAMENTO QUE PRESTABAN LOS JUECES

**De profesión, escuchar**

Aparte de la de los curas y los psicoanalistas, existen otras profesiones en las que escuchar es esencial. Una de ellas es la de juez. El juez tiene como tarea fundamental escuchar a los acusados y a los testigos, a los abogados defensores y a los fiscales, a los expertos convocados para la ocasión y a los policías que han participado en el proceso.

Es una tarea difícil, y como ha mostrado el psicólogo y premio Nobel de Economía Daniel Kahneman, la subjetividad es extrema. Pero no lo es tanto por lo que escuchan, como por lo que ven. El aspecto del acusado, de los defensores y fiscales puede influir en la sentencia, además de otros factores, como si la vista transcurre en un día de verano o de invierno51.

Se cuenta que un juez japonés que se había dado cuenta de lo fácil que era que la visión del acusado o de los testigos y letrados le influyeran, decidió darse la vuelta y no mirar, sino tan solo escuchar. De este modo conseguía mantener un poco mejor la imparcialidad. Pero como incluso con este método no estaba libre de prejuicios o de ser dominado por sus emociones, al mismo tiempo que escuchaba de espaldas todo lo que se decía, daba vueltas a una crema o salsa, de tal modo que si se le cortaba la masa entonces era probable que estuviese emocionalmente alterado, y por lo tanto se negaba a dar una sentencia hasta recuperar la paz mental necesaria para ser justo en su dictamen.

Del profeta Daniel se cuenta una anécdota muy interesante en la que estaban implicados dos jueces de Israel y que logró solucionar gracias a un interrogatorio y a una escucha atenta, aunque, eso sí,

mediante un pequeño truco. Todo comenzó cuando dos jueces, que deseaban acostarse con la hermosa y casta Susana, un día se pusieron de acuerdo para entrar en su casa y forzarla. Sin embargo, la muchacha se resistió y amenazó con ponerse a gritar, pero ellos le dijeron que no lo hiciera, pues nadie creería su testimonio, enfrentado al de dos respetables jueces de Israel. A pesar de ello, Susana siguió rechazando el acoso y comenzó a gritar hasta que la casa se llenó de gente. En ese momento, los jueces, con mucha dignidad, explicaron lo que había pasado: habían visto a Susana con un joven haciendo el amor bajo un árbol, y por eso habían entrado en la casa, para impedirlo. Ella entonces se había puesto a gritar despechada mientras que el joven había huido saltando la tapia. El pueblo allí reunido creyó a los jueces y no quiso seguir escuchando las explicaciones de Susana, que acusaba a los jueces de mentir y haber pretendido violarla. Todo parecía perdido para Susana que iba a ser lapidada, es decir, apedreada, pero entonces pasó por allí Daniel, que se interesó por lo sucedido y pidió que le permitieran interrogar a los jueces. La multitud y los jueces se mostraron de acuerdo, pero Daniel empleó entonces el sistema que todavía es común en los interrogatorios de policía: hizo sus preguntas a cada implicado por separado. De este modo, tras hablar con uno y otro en privado, pudo concluir que eran ellos quienes mentían, pues ante la pregunta: «¿Bajo qué árbol estaban Susana y el joven?», uno de ellos contestó que bajo un lentisco y el otro que bajo una encina. Susana fue liberada y los jueces ejecutados. A los lectores el método de Daniel les recordará no solo a las series y películas policiales, sino también a ese gran escuchador que fue Sherlock Holmes, y quizá recuerden también que Arthur Conan Doyle se inspiró en uno de sus profesores, Joseph Bell, que practicaba una profesión en la que también era, y todavía lo es, fundamental escuchar: la medicina.

Los policías, en cualquier caso, son escuchadores profesionales en los interrogatorios, y es allí donde escuchar algo puede ser determinante para el futuro de una persona. En su vertiente más siniestra, los interrogatorios de la policía, de los servicios secretos o de la Inquisición, tienen como objetivo escuchar lo que se quiere escuchar, sea verdadero o falso. En los procesos de Moscú organizados por Stalin, sus antiguos camaradas del Partido Comunista, tras ser sometidos a prisión y tortura tuvieron que

declarar en público que eran traidores. Aunque ya estaban condenados de antemano, Stalin quería que todos escucharan esas grotescas y dictadas confesiones, del mismo modo que durante la Revolución Cultural china, la gran humillación no eran los golpes, las torturas o los escarnios públicos, sino el que todos pudieran escuchar al supuesto traidor confesando sus pecados (siempre imaginarios) contra el Partido. Verse obligado a confesar, en público o en privado, y que otros lo escuchen ha sido siempre una de las maneras preferidas para lograr que una persona pierda la dignidad, porque esa persona que confiesa en voz alta también se escucha a sí misma.

**El mundo audiovisual también se escucha**

Cuando pensamos en el mundo audiovisual, casi siempre nos imaginamos películas y series, a pesar de que el teatro, una conferencia e incluso una charla entre amigos son también audiovisuales. En cualquier caso, tratándose del llamado medio audiovisual, solemos dar más protagonismo a la imagen que al sonido: nos parece más importante lo que se ve que lo que se escucha. Alfred Hitchcock dijo aquello de «Si puedes contar algo con acciones, no lo hagas con diálogo», algo que, pese a su maestría como director no logró siempre, pues en sus películas se habla, y mucho.

A pesar de esta preferencia, en realidad el sonido es más importante que la imagen para el disfrute de una pieza audiovisual. Una película con una fotografía mediocre puede verse e incluso disfrutarse, pero es casi imposible aguantar más de diez minutos algo que no se escucha bien, incluso aunque tenga imágenes asombrosas. Del mismo modo, parece más fácil soportar imágenes grotescas o ridículas que sonidos discordantes, excepto, claro está, para los aficionados a la música noise, es decir la música ruido. Recuerdo que en la proyección de la película japonesa Eli lema sabachtani52, en la que se interpretan largas piezas de música noise, muchas personas abandonaron la sala, incapaces de soportar ese ruido o música (debo confesar que a mí me gustó mucho).

El cine comenzó sin sonido y cuando llegó el sonoro muchos directores, entre ellos David W. Griffith, Charlie Chaplin y el ruso Sergei Eisenstein, protestaron, porque lo que hasta entonces había sido considerado una «sinfonía de la luz» iba a perder su esencia, y los espectadores, en vez de acudir a las salas de cine para sumergirse en el juego de luces en blanco y negro, irían a escuchar, a escuchar tediosos diálogos como quien escucha la radio. Y la verdad es que eso es lo que sucedió, al menos al principio del sonoro. El público estaba fascinado por la magia de ver a aquellas figuras en blanco y negro, proyectadas sobre un gran lienzo, que no solo se movían, sino que, además, sonaban, pues hablaban y cantaban. Tiempo después, algo parecido se dijo de la televisión, despreciándola por ser tan solo «radio con imágenes», puesto que, aunque te dieses la vuelta y mirases hacia otro lado, te enterabas de todo.

## «Mire hacia atrás sin darse la vuelta: usted está en un espacio sonoro».

MARSHALL MCLUHAN

### Lo que se escucha pero no se ve en el cine

Entre las técnicas, herramientas y trucos que emplean los cineastas para despertar el interés, la inquietud o la intriga, una de las más importantes es la de escuchar algo que no se ve. En un guión de cine o televisión encontramos ciertas siglas que aluden a esta práctica y que parecen una clave secreta a los neófitos, como «O.S» y «V.O.». Su significado alude al uso del sonido, a lo que se escucha, pues V.O. quiere decir «Voice Over», es decir, que se escucha la voz de un narrador al que no vemos, mientras que O.S. significa «Off Screen», es decir «Fuera de la pantalla» o «Fuera de campo», porque en este caso llega a nosotros una voz o un sonido que está allí, en el lugar en el que trascurre la acción, pero que no aparece ante

nuestra vista, por ejemplo, cuando estamos viendo a un hombre encerrado en un baño y escuchamos la voz y los golpes que da en la puerta una mujer que quiere entrar. Cuando se trata de la voz, también se puede indicar simplemente «OFF».

Otra manera de referirse a la procedencia de un sonido en el medio audiovisual es una palabra de origen griego: diegético. Se refiere a cualquier elemento, pero especialmente a lo que tiene que ver con el sonido, que procede de la acción, de lo que se está contando, del mundo en el que viven los personajes de la película. No diegético o extradiegético es todo aquello que no procede del mundo de la narración, sino que es externo, como un rótulo, o la música de una orquesta mientras vemos como el coronel Lawrence atraviesa el desierto, o incluso la voz de un narrador. Es obvio que los personajes de la película no escuchan a la orquesta ni ven el rótulo que sí ven los espectadores, aunque algunos guionistas y directores han jugado con las fronteras entre diegético y no diegético, en especial Mel Brooks y Woody Allen, por ejemplo, cuando en Annie Hall hace que el narrador extradiegético que habla de su infancia aparezca en el aula y hable con su yo infantil y con la profesora.

Pero la manera más significativa de referirse a un sonido que se escucha pero no se ve es, de nuevo, una palabra de origen griego: acusmático. Ya hemos visto que akous significa «lo que se oye, cosa oída». Acusmático se refiere a un sonido cuya causa se ignora. En la historia del cine existen infinidad de ejemplos del uso de esta herramienta narrativa, como El mago de Oz, donde se mantiene durante casi toda la película el misterio acerca de la atronadora voz del Mago de Oz. Cuando Dorothy y sus amigos logran entrar en el palacio del temido mago, descubren por fin el origen de esa voz, cuando el perrito Totó descorre una cortina y queda al descubierto un insignificante anciano que, gracias a sofisticados altavoces, convierte su voz aguda y mediocre en el temible vozarrón que hasta entonces habíamos escuchado. Es una hermosa casualidad que el mago se esconda precisamente detrás de una cortina, puesto que se cree que el origen del término acusmático procede de los jóvenes discípulos de Pitágoras, a los que se exigía mantener un larguísimo silencio:

Ordenó a los jóvenes un silencio de cinco años, al que llamó «retención de palabras»53.

Además de la prohibición de hablar, también se les prohibía ver las figuras geométricas que Pitágoras trazaba en la arena, y solo podían escuchar las explicaciones detrás de una cortina. En este caso, como se ve, y al contrario de lo que solía suceder en la Antigüedad grecolatina (pero en coincidencia con Platón), el conocimiento a través de la escucha se consideraba inferior al de la vista, pues los jóvenes discípulos acusmáticos solo podían disfrutar de un conocimiento parcial de la geometría, ya que el saber completo estaba destinado a los discípulos matemáticos.

**«Aprendidas las dos cosas más difíciles, que son callar y escuchar, y cuando ya habían empezado a ser personas cultivadas gracias al silencio, entonces se les permitía hablar, preguntar, escribir y expresar sus propias opiniones».**

AULO GELIO

**La cortina y los prejuicios**

La cortina acusmática de Pitágoras ha sido empleada de manera inversa, es decir, para mostrar que lo escuchado es más importante que lo que se ve, en diversas ocasiones. Un caso notable es el de las orquestas de la República Federal Alemana, cuando se detectó que en las pruebas a los músicos los directores de orquesta raramente elegían mujeres para interpretar ciertos instrumentos de viento,

como el trombón. La ausencia de mujeres en las orquestas nacionales era tan llamativa que se decidió investigar. Se llegó a la conclusión de que en la selección interferían los prejuicios de los directores, que consideraban que una mujer carecía de la potencia pulmonar necesaria. Para comprobar esta sospecha, se decidió que las pruebas se hicieran separando al director y al intérprete por una cortina. El resultado fue que, a partir de ese momento, el número de mujeres seleccionadas aumentó de manera notable, pues los directores, privados de la información visual y obligados a decidir tan solo mediante lo que escuchaban, no quedaban cegados por sus prejuicios. A pesar de ello, algunos directores se negaron en alguna ocasión a admitir a la mujer que había aparecido tras la cortina, como el rumano Celibidache, que se negó a contratar a la trombonista Abbie Conant, a pesar de que él mismo, después de escucharla tras una cortina o pantalla, exclamó: «¡Esto es lo que necesitamos!», y ya no quiso escuchar a ningún otro candidato. Pero cuando supo que era una mujer, hizo todo lo posible para despedirla, obligando a Conant a iniciar un larguísimo proceso que duró años, hasta que sus derechos y su gran calidad como trombonista fueron reconocidos. Por su parte, la Orquesta de Múnich decidió, a partir de la elección de Conant y el disgusto de Celibidache, no volver a hacer pruebas con una cortina que separara a los intérpretes. Es decir, volver a la ceguera de ver al intérprete y no solo escucharlo.

Otro curioso ejemplo de ese escuchar sin ver es el empleo del término música acusmática por parte de Pierre Schaefer y Jerôme Peignot para referirse a la experiencia, muy relacionada con la música concreta de finales de los años cuarenta, de escuchar la música atendiendo tan solo a sus cualidades sonoras. Para lograrlo, conviene ocultar los instrumentos y, por lo tanto, se emplea una cortina o velo que los oculte, papel que suelen representar los altavoces. Al escuchar la música y no ver cómo se produce, el oyente puede apreciar y se puede concentrar en sus cualidades sonoras, especialmente en el timbre y el espectro, pero también el ritmo, la armonía o la melodía. A menudo, cuando se revela el origen de esos sonidos, el oyente queda sorprendido, pues no proceden de instrumentos tradicionales, sino que han sido creados por diversas tecnologías, como procesadores de efectos acústicos, o bien han sido capturados mediante aparatos de grabación en

ambientes tan diversos como una fábrica, una acería o la misma naturaleza.

Pero sin duda la manera más asombrosa de crear sonidos consiste en lograr escuchar aquella «música de las esferas» que imaginaron tantos filósofos y pensadores griegos y latinos, entre ellos el propio Plutarco, de quien se conservaba el único tratado musical completo de la Antigüedad, Sobre la música. Y si digo que «se conservaba», y no «se conserva», no es porque el tratado se haya perdido, sino porque ahora se atribuye a un Pseudo Plutarco. Sin embargo, no es en ese tratado sino en el diálogo Sobre el demon de Sócrates donde Plutarco nos habla de la idea pitagórica de la música de las esferas, es decir, los sonidos de los astros en su girar en el cielo, cuando en un hermoso pasaje describe cómo el alma de Timarco contempla el cosmos como islas brillantes en un mar inmenso:

Al mirar hacia arriba ya no vio la tierra. Vio, en cambio, unas islas iluminadas por un suave fuego y que cambiaban entre sí de colorido, ahora un color, luego otro, como un tinte, al tiempo que la luz variaba en sus transformaciones. Parecían incontables en número y de un tamaño extraordinario, pero no eran todas iguales, aunque sí redondas en una forma parecida. Mientras se movían en círculo, creía que el éter susurraba una música. En efecto, la suavidad de aquella voz armonizada con todos los tonos se acordaba con la levedad del movimiento.

Hoy sabemos que en el espacio vacío no se transmiten sonidos, pero los modernos cosmólogos han logrado traducir los movimientos y distancias en sonidos, aplicando conceptos parecidos a los que proponían Pitágoras, Aristóteles, Plutarco, Plinio, Nicómaco o Boecio, que buscaban equivalencias entre las armonías musicales y las de los astros en el cosmos54.

Para terminar, no sería razonable no mencionar, en esta modesta incursión en el concepto de escucha en Grecia y Roma, el mayor ejemplo del poder de la escucha, que nos transmitió Homero.

**Escuchar el canto de las sirenas**

Muchas grandes búsquedas consisten en llegar a ver algo: las fuentes del Nilo, la ciudad de El Dorado, el reino del Preste Juan. Pero a veces la aventura tiene como objetivo no ver, sino escuchar algo. Un sonido, una voz, un canto que no todos pueden escuchar, algo que parece inalcanzable. El ejemplo más célebre es sin duda el canto de las sirenas, que nadie puede escuchar y seguir viviendo, excepto el astuto Ulises, que aconsejado por Circe, tapa los oídos de sus compañeros con cera derretida y después les pide que le aten al palo del barco. De este modo podrá escuchar a esas criaturas con rostro de mujer y cuerpo de pájaro que atraen a los marineros con sus cantos. Se trata, sin duda, del ejemplo más extremo de la importancia que los griegos otorgaban al sonido, a lo escuchado y a la seducción que viene a través de los oídos.

Las sirenas son el reflejo deformado de las musas. Unas y otras seducen con sus cantos. Las musas lo hacen tomando posesión de los poetas, que, como nos cuenta el rapsoda Ión en un diálogo de Platón55, se entregan a las diosas, son poseídos por ellas y literalmente dominados por el entusiasmo. Eso es lo que significa la palabra entusiasmo: en-theos (estar ocupado, tomado por un dios).

Y poseídos de esta manera, los rapsodas o recitadores se convierten en un altavoz de la divinidad, un mero mecanismo de transmisión del conocimiento divino. Se podría decir, si examinamos más de cerca la situación, que el rapsoda ni siquiera escucha a las musas: son ellas las que hablan a través de él. Es por eso que en el diálogo Ión, tras sus buenas palabras y sus elogios al rapsoda, se esconde la intención del filósofo Platón de denigrar a sus rivales, los poetas y rapsodas. Sócrates considera a Ión un bobo iluminado, alguien que ni siquiera tiene una opinión acerca de lo que dice.

Un caso distinto es el de los poetas. Ellos sí parecen escuchar a las musas. Al menos eso deducimos cuando Hesíodo nos cuenta su encuentro con las musas en el Monte Helicón, cuando nueve hermosas mujeres se presentaron ante él y, poco después, se dio

cuenta de que estaba dotado de la voz de la poesía, que podía escuchar las leyendas de los dioses y héroes56.

Al contrario que en el carro del Elías bíblico o en el fuego y los Diez Mandamientos escritos sobre las tablas de Moisés, ya hemos visto que en Grecia el conocimiento muchas veces no llega por los ojos, sino por los oídos. Lo importante no es lo que se ve, sino lo que se escucha. El filósofo Parménides monta en el carro de diosas parecidas a las musas, que lo conducen junto a una diosa, la cual no le muestra la verdad oculta, sino que se la cuenta. Parménides, por lo tanto, escucha la verdad, no la ve. Tal vez esa sea la causa por la que Heidegger, fascinado por esa verdad oculta y velada, que él identificó con el «Ser», acaba por concluir que el lenguaje es la casa del ser.

No se piense que la comparación entre las musas y las sirenas es caprichosa. Al contrario, las musas y las sirenas compitieron para ganarse el puesto de inspiradoras de los poetas. Las sirenas eran en su origen muchachas tan hermosas como las musas, algunos dicen que tres, otros que nueve, pero cuando perdieron la disputa poética, Apolo las transformó en aves espantosas con rostro de mujer. Desde entonces seducen a todos, probablemente cantando y contando a los marineros aquello que más desean escuchar, prometiéndoles que junto a ellas encontrarán lo que más anhelan. Seducidos a través del oído, los marineros se lanzan al mar y mueren, ahogados o destrozados contra las afiladas rocas desde las que las sirenas lanzan sus cantos, que quizá sean las de la isla de Capri, frente a Sorrento.

Por su parte, las musas también seducen cuando son escuchadas, pero no arrastran a los marineros contra las rocas, sino que precipitan a los hombres a la guerra y enfrentan a unas ciudades con otras, llenando su mente de épicas batallas y de hazañas de héroes, de sangre y espadas. Quienes escuchan los cantos que le transmitieron las musas a Homero, desean emular a los héroes y alcanzar la inmortalidad, es decir que sus vidas sean «materia de cantos venideros», como dice Helena a Héctor en la Ilíada. Lograr que tu vida y tus hechos sean escuchados por las generaciones futuras es la máxima aspiración de los héroes, y esa fama es el camino más directo a la inmortalidad. Kleos (κλέος), el renombre, la gloria, la fama inmortal, está etimológicamente relacionado con

el verbo kluein («escuchar»), por lo que en esencia significa «lo que los otros escuchan sobre uno mismo». ¿Y cómo se consigue que las futuras generaciones escuchen hablar de nosotros? Fundamentalmente, matando o muriendo. En este último caso, lo más pronto posible, pues ya desde Aquiles, y más tarde con Alejandro, se sabía que los héroes, es decir aquellos de quienes se escucharán las hazañas, mueren jóvenes. La fama, que se anuncia también de manera sonora («las trompetas de la fama»), se suele alcanzar tras realizar prodigiosas hazañas, como conquistar fortalezas, acabar con dinastías, construir una nación sobre los cadáveres de los vencidos, matar monstruos, dragones, hombres, mujeres o incluso niños, como los que sacrifica el héroe Aquiles de manera espantosa en venganza por la muerte de su amado Patroclo. Quizá por eso debemos admirar que, en el legendario Certamen poético que enfrentó a Homero con Hesíodo, los jueces, tras escuchar atentamente y conmovidos por los versos incomparables de Homero cantando las hazañas de los héroes que conquistaron Troya, sin embargo, decidieran dar el premio a su rival Hesíodo:

El rey dio la corona a Hesíodo alegando que era justo que venciera el que invitaba a la agricultura y la paz, no el que describía combates y matanzas57.

## TERCERA PARTE

# Elogio del pensamiento y el estilo de Plutarco

**DANIEL TUBAU**

De Plutarco se ha elogiado ser un gran recopilador de la sabiduría y de la historia antigua, haber tendido un puente entre la cultura latina y la griega, o su temperamento tolerante y poco dado al dogmatismo, a pesar de ser sacerdote en el santuario de Delfos, además de lograr conservar en sus cerca de diez mil citas el pensamiento de poetas, filósofos, estrategas y políticos. Pero también se ha dicho demasiado a menudo que carece de un buen estilo y de un pensamiento original. En las próximas páginas intentaré demostrar que ese juicio negativo es erróneo.

## El pensamiento

Se ha discutido mucho acerca de la escuela filosófica a la que se sentía más cercano Plutarco. Se lo suele definir como platónico, pero eso es casi como no decir nada, puesto que en la Antigüedad existieron tantas interpretaciones del platonismo que puede significar casi cualquier cosa. La Academia fundada por Platón, antecesora de todas las academias que existen y han existido, experimentó una notable evolución a lo largo de su historia. En sus inicios, después de ser fundada hacia el año 387 a. C., la escuela se hizo famosa por los diálogos de su fundador, en los que Sócrates tiene el papel protagonista, aunque los estudiosos no se ponen de acuerdo acerca de qué ideas pertenecen al Sócrates que recorrió las calles de Atenas discutiendo con unos y otros, y qué ideas son puramente platónicas. Tras la muerte de Platón, heredó la dirección de la Academia su cuñado Jenócrates, que siguió la tendencia pitagórica del Platón anciano, combinando la mística con las matemáticas, lo que probablemente provocó la fuga del discípulo más capaz, Aristóteles. Pero a partir del sexto escolarca o director, Arcesilao (315-240 a. C.), la institución se convirtió al escepticismo y abandonó los vuelos puramente especulativos. Tras doscientos años escépticos, la última guerra de los griegos contra Roma, que enfrentó al rey Mitrídates del Ponto con el general romano Sila, tuvo un desenlace trágico para la Academia. Durante el asedio de Atenas en el año 86 a. C., Sila, que necesitaba madera para sus armas de guerra, cortó los árboles e incendió los frondosos bosques de la Academia. En el saqueo posterior, muchos libros desaparecieron en las llamas, aunque otros fueron llevados a Roma. La Academia cerró sus puertas y su director, Filón de Larisa, emigró a Roma. A partir de entonces, la historia de la institución se hace confusa, por lo que no es extraño que se publiquen libros con títulos detectivescos, como El misterio de la Academia o el Enigma de la Academia58. Tras Filón (145-80 a. C.) y su sucesor Antíoco de Ascalón (130-68 a. C.), casi en el comienzo de la era cristiana, se producen continuas escisiones, se abandona o renueva el escepticismo, se inventan diversos eclecticismos y sincretismos, se acercan posturas con los rivales estoicos, se recupera al Aristóteles

más platónico, o se aristoteliza a Platón. Finalmente, con los neoplatónicos y Plotino, se regresa al misticismo de los primeros escolarcas, Jenócrates y Espeusipo. Para que el lector se haga una idea de la falta de información fiable, ni siquiera sabemos a ciencia cierta si tras la destrucción de Sila la Academia volvió a abrir sus puertas en Atenas, en Alejandría o incluso en Roma, al menos hasta que en el año 410 se refundó y volvió a existir de manera oficial.

En definitiva, ignoramos si la Academia seguía teniendo una sede en Atenas en época de Plutarco, pero sí sabemos que nuestro autor estudió matemáticas y filosofía allí con Amonio el Peripatético. Como indica su apelativo, este Amonio era aristotélico, aunque se piensa que también defendía algún tipo de platonismo. Parece claro que Plutarco simpatizaba con la tendencia escéptica de Arcesilao y Carnéades, y no hay que olvidar que tuvo como discípulo al escéptico Favorino. Esta cercanía al escepticismo académico no impedía a Plutarco apreciar a Aristóteles e incluso elogiar algunas ideas de los estoicos, a pesar de que también escribió varios ensayos contra esta escuela, como Errores de los estoicos. Con quienes mantuvo una gran enemistad fue con los epicúreos, tal vez porque eran los filósofos más contrarios al culto a los dioses y despreciaban los oráculos, que era uno de los asuntos de los que se tenía que preocupar Plutarco en tanto que sacerdote de Delfos. Sin duda sus tareas en el santuario son la razón del gran interés que siempre mostró hacia todo tipo de ritos religiosos, lo que le llevó a escribir acerca de cultos como el de Isis y Osiris. Su postura religiosa era tolerante y amplia, pues pensaba que en el fondo los distintos nombres y figuras de los dioses son solo maneras de acercarse a lo divino y que todos ellos aluden a un mismo dios y a sus diferentes poderes y manifestaciones. Ante las dificultades de ciertos mitos, defendió la interpretación alegórica para superar las dificultades, del mismo modo que hace algunas veces en Cómo debe el joven escuchar la poesía ante ciertos pasajes que no puede aceptar en su lectura literal. En otras ocasiones demuestra ser capaz de combinar las ideas de Jenócrates, primer director de la Academia tras Platón, acerca de demonios y números místicos, con el escepticismo del sexto escolarca, Arcesilao.

Aunque la tendencia filosófica de Plutarco no está del todo clara, y aunque su probable simpatía por el escepticismo nos resulte

sorprendente, dado su cargo de sacerdote de Delfos, lo que sí sabemos es que siempre celebraba los cumpleaños de Sócrates y Platón y que su gran obsesión fue la educación, pues compartía la opinión de Platón de que la maldad es producto de la ignorancia. Por eso era tan importante para él la formación filosófica.

**El estilo y la intención**

A primera vista, parece que Plutarco, al contrario que Séneca, Cicerón o Epicteto, no expresa su propia opinión, sino que se limita a buscar en otros autores las mejores respuestas a cada problema. Es casi inevitable imaginarlo preguntándose cómo se debe escuchar o cómo se puede distinguir a un adulador de un amigo y, a continuación, diciéndose a sí mismo: «Veamos que nos dicen los sabios». Es decir, podemos imaginarlo, y así se ha hecho a menudo, como un sumiso investigador o compilador que deja hablar a los maestros.

Sin embargo, es probable que el proceso de la investigación plutarquiana fuera muy diferente. Tal vez era algo semejante a esto:

Me pregunto cómo se debe escuchar o cómo distinguir a un amigo de un adulador. A continuación, reflexiono acerca del asunto y alcanzo ciertas conclusiones, también leyendo o escuchando a otros pensadores, por supuesto, pero sin aceptar sin más sus dictámenes. Y solo entonces, cuando ya tengo una opinión formada, busco las mejores citas para defenderla.

Si fuera este el procedimiento, entonces deberíamos concluir que Plutarco opina tanto como cualquier otro autor, pero que lo hace protegiéndose con el escudo de la opinión de los sabios. Me parece que esta segunda posibilidad está más cerca de la realidad y que el método se detecta de manera bastante clara en este encantador

ensayo acerca de cómo se debe escuchar. Se me dirá que los estudiosos de esta obra, guiados, eso sí, por las propias menciones de Plutarco, consideran que el libro bebe de tres o cuatro fuentes principales: Jenócrates, Jerónimo, Teofrasto y Aristón de Quíos. Ahora bien, estas fuentes no son las que Plutarco utiliza habitualmente, con la excepción de Teofrasto. Podemos sospechar, por lo tanto, que en este tema en particular las opiniones de sus autores favoritos no coincidían con las suyas, aunque también es posible una explicación alternativa: que los autores citados se ocuparon de manera específica del tema tratado, de cómo se debe escuchar, por lo que parece razonable espigar en sus libros, mientras que sus autores más admirados quizá desdeñaron escribir sobre el tema.

Ahora bien, incluso cuando recurre a un autor como Aristón de Quíos, debido a que escribió una monografía sobre el asunto, está claro que Plutarco practica una labor de selección en la que se queda con aquellos pasajes que coinciden con sus ideas, y sin duda rechaza otros que las contradicen. Ninguna selección es inocente o imparcial, a no ser que se trate de un simple sorteo, o de un procedimiento como el que Voltaire imaginó que usaron los Padres de la Iglesia cuando decidieron qué evangelios eran canónicos y cuáles apócrifos: los pusieron todos encima de una mesa, la agitaron una y otra vez, y los que no cayeron al suelo se incluyeron en el Nuevo Testamento. Pero parece obvio que este tipo de selección no es la que practica Plutarco, sino una que se parece más a la de un artista que elige los mejores colores de su paleta para hacer un retrato que quizá no refleja con toda fidelidad los rasgos del modelo, pero sí su alma, o si se prefiere, su carácter, que es precisamente lo que el propio Plutarco considera más digno de elogio en un pintor: «un retrato que revela el carácter y la disposición es mucho más hermoso que uno que simplemente copia la forma y los rasgos»59. Algunos estudiosos han descubierto en las Vidas paralelas de Plutarco, huellas de su propia vida, pero disfrazadas bajo una descripción o un retrato ajeno, como cuando en la Vida de Solón muestra el desdén del sabio ateniense ante la impúdica y «vulgar» exhibición que hace Creso, el rey de Lidia, de sus riquezas. Stadter señala que el pasaje no es una descripción de lo que pensó Solón en la corte de Creso, sino más bien de lo que pensó el propio Plutarco en la corte del emperador Domiciano60.

**Contra la censura**

A pesar del carácter didáctico de mucho de lo que escribió, y a pesar de su idea de que escuchar a los filósofos y a los oradores, o asistir al teatro y escuchar a los poetas, es un elemento clave en la educación de los individuos y en la construcción de una sociedad sana, Plutarco, al contrario de lo que suele suceder en quienes utilizan las artes como una manera de educar, no cree en la manipulación ni en su uso político. Ni siquiera religioso, a pesar de ser ni más ni menos que sacerdote de Delfos. En este elogiable rechazo a la manipulación y el proselitismo fácil, Plutarco se parece a los grandes educadores que intentan que los alumnos desarrollen una personalidad poderosa e inmune a la demagogia antes que un fanático capaz de cualquier artimaña dialéctica con tal de imponer sus ideas. Plutarco está en la mejor de las compañías en este poco nutrido grupo, junto a Goethe, Diderot y Comenio, y muy lejos de los propagandistas y de muchos activistas.

Hay que estar preparado, dice, no solo para escuchar lo que se dice, sino para entenderlo, para no dejarse cegar por «las palabras brillantes», «para investigar con atención el sentido de un discurso y la calidad del hablante», con el objetivo final de «formarse un juicio crítico de la conferencia a partir del cálculo de su efecto sobre él mismo». Como se ve, los deberes del oyente no terminan cuando termina la conferencia y el aprendizaje ni siquiera se limita a imitar todo lo bueno, porque también lo malo puede servir de estímulo: «Con los que se equivocan hay que reflexionar sobre las causas y el origen de su error». En este sentido, coincide (y quizá no sea casualidad) con Aristóteles, quien en la Poética también defiende que no se censure a los poetas e incluso sitúa las fábulas de poetas y dramaturgos más allá del examen moral que debe aplicarse en otros terrenos. Escuchar a los poetas y a los filósofos, en definitiva, puede ser instructivo incluso si eso nos lleva a rechazar sus ideas, al contrario de lo que pensaba Catón el Viejo, que decidió expulsar de Roma a los filósofos.

Cuando Roma comenzaba a extender su poder indiscutido sobre

todo el Mediterráneo, los atenienses enviaron una embajada para solicitar que les retiraran un castigo al que la ciudad griega no podía hacer frente. Tres filósofos tenían que defender la causa ateniense, uno estoico, otro aristotélico y el tercero de la Academia de Platón, el escéptico Carnéades. Los tres pronunciaron elocuentes discursos para convencer al senado y al pueblo de Roma, pero fue Carnéades quien asombró a todos con su labia, logrando que se retirara el castigo. Pero Carnéades también dio una muestra del poder de la palabra sobre los que escuchan cuando defendió con idéntica retórica primero la justicia y después la injusticia. El riguroso Catón se percató del peligro que escondían esos elocuentes griegos, capaces de pervertir a todo aquel que los escuchara, y exigió que fueran expulsados.

Plutarco, al contrario que Catón, y de nuevo coincidiendo con Aristóteles, está de acuerdo con la defensa de la retórica, a pesar de la opinión despectiva de Platón en el Gorgias, porque con ella es cierto que se puede engañar, pero también se puede convencer a los demás de manera honesta. Además, el aprendizaje de la retórica surge de la escucha: el orador sabe cómo convencer porque también ha sido y es un escuchador, un oyente.

En Sobre cómo debe el joven escuchar la poesía, Plutarco responde a los temores de quienes dicen que en los poemas de Homero y otros autores encontramos personajes y actos que no son un buen ejemplo, o incluso mentiras: «un hombre necio suele asustarse por cualquier palabra». Es cierto, admite, que se pueden encontrar muchas mentiras en las poesías que escuchamos o leemos, pero también consejos muy útiles. Recomienda también no ocultar los pasajes que atentan contra las buenas costumbres o incluso contra la creencia en los dioses. Plutarco argumenta que incluso un personaje vil y detestable puede servir de ejemplo y escarmiento para quienes estén tentados de caer en el vició, la lujuria o la soberbia desmedida. Recuerda lo que Eurípides respondió a quienes le criticaron por conceder el protagonismo de una de sus obras a un personaje impío, el rey de Tesalia Ixión, que había intentado violar a Hera, la esposa de Zeus, y que fue condenado por el padre de los dioses a girar eternamente en una rueda de fuego. Ante los reproches, Eurípides respondió: «Sin embargo, no lo saqué de la escena antes de ser clavado en la rueda».

Podemos aprender de los buenos personajes el imitarlos y de los malos al evitarlos, del mismo modo que Confucio decía que cuando iba con dos amigos, de uno podía aprender lo que debía hacer y del otro lo que no debía hacer.

Plutarco, como hemos visto en Cómo escuchar, se muestra convencido de que por malo que sea el orador, siempre podremos sacar algo de provecho, siempre que lo escuchemos con respeto e interés:

No es posible que el que habla sea tan absolutamente reprobable y de tal manera poco acertado, que no ofrezca alguna idea digna de elogio, alguna alusión a otros, el mismo tema y enfoque de su discurso o, al menos, el estilo y la estructura de lo que dice.

Su opinión coincide con la célebre sentencia de Plinio el Viejo que dijo que hasta en el peor de los poetas encontramos un buen verso, o la versión más actual de Borges: «No hay libro, por malo que sea, que no tenga una línea que lo salve». Al fin y al cabo, ese es probablemente el secreto de muchos de los actuales libros de autoayuda: aunque sean escritos por un pensador mediocre que simplifica todo lo que dice, al menos están llenos de citas de autores más inteligentes e ingeniosos. Algo así como aquel hombre que en su epitafio presumía modestamente de no haber sido muy listo, pero sí lo suficiente como para hacerse aconsejar por quienes sí lo eran.

Es cierto que a Plutarco siempre le interesa el punto de vista moral y educativo, incluso cuando se trata de escuchar a los poetas, y por eso insiste en que lo más importante es el contenido, pero no es cierto que desprecie por completo la forma o la belleza del arte poético. El hecho de que la poesía resulte tan atractiva para los jóvenes se debe, claro está, a su belleza, a su forma, que la distingue de un tratado o de una pieza oratoria, y esa es la razón por lo que aconseja aprovecharla para la educación.

Plutarco, finalmente, distingue entre el arte de los poetas y las cuestiones morales, políticas y sociales, y parece claro que está muy

de acuerdo con lo que dice Quilón en su Banquete de los Siete Sabios:

Quilón, dándose la vuelta, opinó que la mejor forma de gobierno es aquella que escucha, principalmente, las leyes y, mínimamente, a los oradores.

# Apéndices

Elenco de personajes y lugares

Bibliografía

Notas

## ELENCO DE PERSONAJES

## Y LUGARES

Amasis, faraón de Egipto (570-525 a. C.). Intensificó sus relaciones con las ciudades griegas debido a la amenaza que suponía para su poder el auge creciente del Imperio persa.

**Aristón, probablemente, Aristón de Quíos, (III a. C.), filósofo estoico famoso por su capacidad de persuasión. Su maestro, Zenón de Citio, lo consideraba un charlatán. Diógenes Laercio afirma que no escribió nada, pero el tema está en debate.**

**Arquíloco, de Paros (VII a. C.), poeta lírico; introdujo elementos hasta entonces impensables en la poesía griega, presentando datos autobiográficos como el abandono del escudo en su huida en medio de la batalla, o crueles invectivas contra sus enemigos, como las prácticas amorosas suyas y de otros con Neobula, que le había sido prometida y después denegada como esposa.**

Bías, de Priene, (VI a. C.) uno de los Siete Sabios, reconocido por su sentido de la justicia y sus acertadas máximas.

Cleantes, (331-232 a. C.), filósofo estoico, sucedió a Zenón de Citio a la cabeza de la escuela; sus correligionarios lo alababan por haber sido capaz de destacar en la filosofía a pesar de su humildísimo origen, pues se ganaba la vida como aguador y regando huertos por la noche.

Colias, demo del Ática famoso por la calidad de su arcilla, de ahí que su cerámica fuera especialmente apreciada.

**Diógenes, poeta trágico de fines del s. V.**

**Dionisio, tirano de Siracusa (IV a. C.) Plutarco relata la misma**

**anécdota acerca de no darle una recompensa al citarista en Sobre la fortuna o virtud de Alejandro.**

Epaminondas, magistrado de la Liga beocia. Tebano famoso por sus victorias militares sobre Esparta: fue el primero en siglos en invadir Lacedemonia y el responsable de la primera victoria sobre las falanges de hoplitas (en Leuctra en 371 a. C.)

**Epicuro, (341-270 a. C.), filósofo fundador del epicureísmo; la anécdota que le atribuye Plutarco acerca de que no le gustaban los elogios excesivos podría ser un tópico, pues también Epicteto atribuye a su maestro Musonio Rufo el rechazo de las alabanzas: «Si os sobra tiempo para alabarme, es que hablo en balde».**

Espíntaro, tal vez el poeta de ese nombre; cf. Plutarco, Moralia, 592 F.

Esquines, (480-407 a. C.) uno de los más destacados oradores griegos, contemporáneo y oponente político y retórico de Demóstenes.

**Eurípides, (480-407 a. C.) el más joven de los tres grandes tragediógrafos griegos. Introdujo en sus tragedias novedades como el cuarto actor, los diálogos que abundan en argumentos al modo retórico y sofístico (de ahí la acusación de locuacidad), o las nuevas modas musicales de fines del s. V (de ahí la anécdota del coreuta irrespetuoso). Entre las obras suyas perdidas se contaba la tragedia Télefo.**

**Filipo, (382-336 a. C.) rey de Macedonia y arquitecto de su hegemonía, en sus campañas de expansión tomó y arrasó Olinto de 349 a 348 a. C., y de ahí la anécdota que cuenta Plutarco, de que pudo destruirla, pero no habría podido construirla. Es el padre de Alejandro Magno.**

**Filotimo, médico. Plutarco cuenta la misma anécdota acerca del abceso o panadizo en Cómo reconocer al adulador.**

**Focílides, poeta de la primera mitad del s. VI a. C., sus obras contenían numerosas máximas que incluían la frase «Esto**

**también es de Focílides». Recibió las alabanzas de Isócrates y de Dión Crisóstomo.**

**Heráclito, (fl. 500 a. C.) filósofo presocrático; de su obra solo se conservan aforismos, muchas veces crípticos, de ahí que se le llamara «El Oscuro de Éfeso».**

**Hermes, como dios a cuyo cargo está la vida fuera del hogar y las relaciones sociales, protege a quienes andan por los caminos (caminantes, comerciantes e incluso ladrones), pero también a quienes desarrollan actividades relacionadas con la comunicación, como mensajeros, intérpretes y oradores.**

Heródoto, (485-420 a. C., aprox.), autor de la primera obra de carácter histórico del mundo griego, o al menos la primera que se conserva íntegra, pues se sabe de historiadores anteriores, como Hecateo de Mileto. Pero fue Heródoto que dio a sus libros el nombre «Historia» («investigación»). La cita de Plutarco corresponde a Historias I, 8.

**Hipérides, (389-322 a. C.), destacado político y orador ateniense, superado en la apreciación de los antiguos solo por Demóstenes.**

Jenócrates, discípulo de Platón, presidió la Academia entre 339 y 314 a. C.

Jenofonte, (430-354 a. C.), militar y autor de obras de carácter histórico, como la Anábasis, y de tema socrático, como los Recuerdos Socráticos o la Apología de Sócrates. Conoció personalmente a Sócrates. Era muy apreciado en época de Plutarco, tanto por su obra como por la pureza de su estilo y de su dialecto ático.

**Jerónimo de Rodas, (III a. C.) probablemente está citando al filósofo peripatético.**

Lisias, uno de los grandes oradores griegos. Era especialmente apreciado en tiempos de Plutarco, como Jenofonte, por la pureza de su dialecto ático.

**Melantio, poeta trágico del s. V; Aristófanes, en La paz, se burla de sus malos versos y de su glotonería.**

**Musas, divinidades menores, cuyos cantos deleitaban a los dioses, inspiraban a los poetas y dictaban a los reyes palabras capaces de aplacar las riñas y restablecer la paz. En general, protegían el pensamiento y las artes en todas sus formas.**

**Nicandro, joven destinatario de este tratado, acaba de empezar a vestir la toga viril del libro de Plutarco.**

Olinto, ciudad de la Calcídica junto al golfo de Torone; quedó abandonada tras ser destruida por Filipo de Macedonia (349-48 a. C.).

**Parménides, (515-post 450 a. C.) filósofo presocrático; de sus obras se conservan solo fragmentos, en los que la forma versificada contrasta con lo especulativo de los temas.**

Pitágoras, (s. VI a. C.) uno de los personajes más influyentes en la historia del pensamiento griego; para nosotros su nombre está unido a los principios de la matemática, pero en la Antigüedad su faceta religiosa y mística era la que más interesaba.

Platón, (429-347 a. C.), el gran filósofo del siglo V a. C. Plutarco cita pasajes de Fedro y la República y lo menciona frecuentemente, con el objetivo de proponerlo como modelo y guía.

**Semónides, (556-466 a. C.) poeta autor de epigramas, la crítica antigua lo alababa por su sencillez en la transmisión de las emociones.**

**Sócrates, (469-399 a. C.) el primer filósofo que apartó su investigación del mundo físico y la centró en lo humano, reconocido por su habilidad para el debate y la dialéctica.**

**Sófocles, (495-406 a. C.), el más célebre de los poetas trágicos del siglo V a. C., a pesar de la acusación de irregularidad en sus composiciones de la que Plutarco se hace eco.**

Teofrasto, (370-287 a. C.) discípulo de Aristóteles y director de la Academia a la muerte del maestro. La cita que ofrece Plutarco no

pertenece a ninguna de las obras que se nos ha transmitido bajo su nombre.

**Ulises, héroe protagonista de la Odisea; en el texto que cita Plutarco61, el cabrero Melantio, que simpatiza con los pretendientes de Penélope, se burla del héroe cuando este, ya en Ítaca y con apariencia de mendigo, está a punto de regresar a su palacio (Odisea, XVII 222).**

# BIBLIOGRAFÍA


Aristófanes. «Las nubes». En Comedias II. Gredos, 2016.

Confucio. Analectas. Edición de Simon Leys. Arca de Sabiduría, 2019.

De Claraval, Bernardo. «Alabanzas a la Virgen María 4». En Obras completas de San Bernardo, vol. II. Biblioteca de Autores Cristianos, 1984.

Ende, Michel. Momo. Alfaguara, 2017.

García Gual, Carlos. Simposios y banquetes griegos. Alfabeto, 2022.

Havelock, Eric. Prefacio a Platón. Antonio Machado libros, 1994.

Havelock, Eric. La musa aprende a escribir. Paidós, 1996.

Hesíodo. «Teogonía y Certamen». En Obras y fragmentos. Gredos, 2010.

Homero. Ilíada. Edición de Óscar Martínez García. Alianza, 2017.

Homero. Odisea. Edición de Carlos García Gual. Alianza, 2021.

Hyland, Drew A. «Vivir despierto, escuchar despierto en Heráclito». En Hearing, sound, and the auditory in ancient Greece, editado por Jill Gordon. Indiana University Press, 2022.

Jaeger, Werner. Paideia, los ideales de la cultura griega. Fondo de Cultura Económica, 2020.

Jenofonte. Económico. Traducción e introducción de Juan Zaragoza Botella. Gredos, 1993.

Kahneman, Daniel. Ruido: un fallo en el juicio humano. Debate,

2021.

Laercio, Diógenes. Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres. Edición de Carlos García Gual. Alianza, 2013.

Newmyer, Stephen T. «Animals in Plutarch». En A Companion to Plutarch, editado por Mark Beck. Blackwell, 2014.

Platón. «Parménides». En Diálogos V, editado por Mª Isabel Santa Cruz, Álvaro Vallejo Campos y Néstor Luis Cordero. Gredos, 1988.

Platón. «Teeteto». En Diálogos V, editado por Mª Isabel Santa Cruz, Álvaro Vallejo Campos y Néstor Luis Cordero. Gredos, 1988.

Platón. «República». En Diálogos IV. Traducción e introducción de Conrado Eggers Lan. Gredos, 1992.

Platón. «Fedro». En Diálogos III. Traducción e introducción de Emilio Lledó Íñigo. Gredos, 2008.

Platón. «Ión». En Diálogos I, editado por J. Calonge Ruíz, E. Lledó Íñigo y Carlos García Gual. Gredos, 2019.

Plutarco. «Sobre cómo debe el joven escuchar la poesía». En Moralia I, editado por Concepción Morales Otal y José García López. Gredos, 1991.

Plutarco. «Isis y Osiris». En Moralia VI, editado por Francisca Pordomingo Pardo y José Antonio Fernández Delgado. Gredos, 1995.

Plutarco. «Sobre el entrometimiento». En Moralia VII, editado por Rosa María Aguilar. Gredos, 1995.

Plutarco. «Sobre la charlatanería». En Moralia VII, editado por Rosa María Aguilar. Gredos, 1995.

Plutarco. «Sobre el demon de Sócrates». En Moralia VIII, editado por Rosa María Aguilar. Gredos, 1996.

Plutarco. «Sobre si el anciano debe intervenir en política». En Moralia X, editado por Mariano Valverde Sánchez, Helena

Rodríguez Somolinos y Carlos Alcalde Martín. Gredos, 2003.

Plutarco. «Vida de Lúculo». En Vidas paralelas V, editado por Jorge Cano Cuenca, David Hernández de la Fuente y Amanda Ledesma. Gredos, 2007.

Plutarco. «Charlas de sobremesa». En Moralia IV, editado por Francisco Martín García y Alberto Medina González. Gredos, 2016.

Plutarco. «El banquete de los siete sabios». En Moralia II, editado por Concepción Morales Otal y José García López. Gredos, 2016.

Plutarco. Obras morales y de costumbres, vol. I. Gredos, 2016.

Prats, Ramón N. El buddhismo. UOC, s.f.

Ryle, Gilbert. «Dialectic in the Academy». En Critical Essays. Routledge, 2016.

Sófocles. «Antígona». En Tragedias. Introducción de José Sánchez Lasso de la Vega y traducción de Assela Alamillo. Gredos, 1992.

Stadter, Philip A. «Plutarch and Rome». En A Companion to Plutarch, editado por Mark Beck. Blackwell, 2014.

Tubau, Daniel. Maldita Helena. Ménades, 2019.

Tubau, Daniel. Sabios ignorantes y felices. Lo que los antiguos escépticos nos enseñan. Ariel, 2023.

# Notas

1. Plutarco, «Sobre cómo debe el joven escuchar la poesía».

2. Stephen T. Newmyer, «Animals in Plutarch»

3. Werner Jaeger, Paideia, los ideales de la cultura griega.

4. Cuando el joven llegaba a una edad de entre catorce y dieciséis años abandonaba la vestimenta característica de la infancia —la toga praetexta, adornada con una franja púrpura, y la bulla o amuleto que había llevado al cuello como protección contra el mal de ojo— y la depositaba como ofrenda ante los lares familiares; entonces era cuando pasaba a vestirse con la toga viril, blanca y sin adornos, que servía de señal de su integración en la vida social romana.

5. Sobre todo en el pancracio, forma de lucha en la que estaban permitidos todos los ataques salvo morder y meter los dedos en los orificios faciales, las orejeras eran una precaución habitual.

6. «Económico» I 15.

7. «Fedro» 237 a y ss.

8. En «Cómo percibir el propio progreso en la virtud» 8 = Mor. 79 C, Obras morales y de costumbres, Plutarco atribuye esta cita a Semónides.

9. Cf. Platón, «República» 411 a.

10. Homero, Odisea, XVII, 222.

11. Las proposiciones hipotéticas son las del tipo: «Si es de día, hay luz»; los silogismos del Mentiroso eran sofismas que, analizados lógicamente, resultaban incoherentes, del tipo del aserto: «Cuando digo que miento, ¿estoy mintiendo o diciendo la verdad?».

12. Hermes contaba entre sus advocaciones con la de Musageta, «conductor del coro de las musas»; estas últimas, por su parte, presiden el pensamiento en todas sus formas, tanto en la poesía como en la historia, la astronomía o la elocuencia.

13. «República», 474 d.

14. «Fedro» 234 e.

15. La elevada categoría de estos autores —Hipérides, aventajado como orador solo por Demóstenes; Sócrates, habilísimo en el debate y la dialéctica; Platón, el mayor filósofo de la Antigüedad, maestro del estilo— contrasta con lo contenido de las alabanzas que Plutarco refiere.

16. Considerado un modo patético y, por ello, adecuado para la tragedia.

17. «Antígona» 237.

18. El corego era un ciudadano que tenía que financiar a sus expensas un coro. Pericles, antes de destacar como político, fue corego de la obra Los persas, de Esquilo.

19. Plutarco, Cómo escuchar (de aquí en adelante, todas las citas a esta obra se refieren a la traducción aquí mismo incluida de Paloma Ortiz).

20. Plutarco, «Sobre si el anciano debe intervenir en política».

21. Diógenes Laercio, Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres.

22. Platón, «Teeteto».

23. Michel Ende, Momo.

24. En griego es gymnastikoi. El término, que emplea el escéptico Sexto Empírico, formaba parte de la clasificación tradicional de los Diálogos de Platón. Según la clasificación que ofrece Diógenes Laercio, los diálogos dedicados a ejercitar el ingenio eran: a) mayéuticos: Alcibíades, Teages, Lisis y Laques; b) ensayísticos: Eutifrón, Menón, Ión, Cármides y Teeteto.

25. Carlos García Gual, Simposios y banquetes griegos.

26. Plutarco, «Charlas de sobremesa».

27. Carlos García Gual, Simposios y banquetes griegos.

28. Daniel Tubau, Maldita Helena (la cita procede de las Saturnales de Macrobio)

29. Ibid.

30. Ibid.

31. Plutarco, «Sobre el entrometimiento».

32. Plutarco, Cómo escuchar.

33. Et je parle et je parle / mais lorsque vient son tour / ou bien il ne dit rien

ou répond à côté / et il est mon mur de pierre / et je suis son bruit de fond

34. Plutarco, Cómo escuchar.

35. Plutarco, Cómo escuchar.

36. Homero, Ilíada, canto XIX.

37. «Sobre cómo debe el joven escuchar la poesía». La obra de Eurípides, perdida, es Los aléadas.

38. Plutarco, «Sobre la charlatanería».

39. Ibid.

40. Ibid.

41. Drew. A Hyland, «Vivir despierto, escuchar despierto en Heráclito».

42. Homero, Ilíada, canto XXIII.

43. Plutarco, Cómo escuchar.

44. Plutarco, «Isis y Osiris».

45. San Bernardo del Claraval, «Alabanzas a la Virgen María», 4.

46. Platón, «Parménides».

47. Plutarco, «Sobre cómo debe el joven escuchar la poesía».

48. Ramón N. Prats, El buddhismo.

49. Confucio, Analectas.

50. Mateo 7:16

51. Kahneman ofrece ejemplos asombrosos en Ruido.

52. El título son las últimas palabras de Jesucristo en la cruz: «Padre, ¿por qué me has abandonado?».

53. Plutarco, «Sobre el entrometimiento».

54. Plutarco, «Sobre el demon de Sócrates».

55. Platón, «Ión».

56. Hesíodo, «Teogonía y Certamen».

57. Ibid. El texto probablemente no fue escrito por Hesíodo, sino que se atribuye a diversos autores, entre ellos Alcidamente y Tales de Mileto.

58. Por ejemplo, El enigma de la Academia de Platón, de Ramón Román Alcalá o «The riddle of the Academy», de John Dillon.

59. Pluarco, «Vida de Lúculo».

60. Philip A. Stadter, «Plutarch and Rome».

61. Según la versión de Odisea que nos ha llegado, no son los pretendientes, sino el cabrero Melantio, que simpatiza con ellos, quien se burla. Los «mendrugos, espadas y calderos» aluden a los

dones de hospitalidad, los regalos que debe hacer el dueño de la casa a su huésped cuando lo recibe. La hospitalidad solía darse entre personas del mismo estatus, así que de quien, como el mendigo Ulises solo se puede esperar que pida mendrugos, tampoco se puede esperar más.